

Voces y Silencios

Vigésima cuarta versión

*Testimonios de
mujeres migrantes*



Voces y Silencios

Vigésima cuarta versión

*Testimonios de
mujeres migrantes*





CORPORACIÓN EDUCATIVA COMBOS

Calle 51 No. 56A - 35

Tel: 604 501 1719

E-mail: combos@combosconvoz.org

Medellín, Colombia, 2025

Directora Corporación Educativa Combos

Gloria Amparo Henao Medina

Editoras

Gloria Amparo Henao Medina

Gloria María Bustamante Morales

Maribel Giraldo Lizcano

Revisión de textos

Margarita María Zapata López

Fotografía de portada

Archivo institucional

ISSN: 17949270



www.combosconvoz.org



Corporación Educativa Combos



corporación educativa combos

Este material se puede reproducir total o parcialmente por cualquier medio, previo permiso de la Organización.

CONTENIDO

PRESENTACIÓN

ACTA	7
CATEGORÍA Mujeres con experiencia de migración	13
PRIMER PUESTO	13
Del miedo a la voz: mi viaje como mujer refugiada y lideresa	
Yexica Carolina Marcano Salgar	15
SEGUNDO PUESTO	19
A mi café le falta azúcar y le sobra agua	
Margarita Antonia Chirinos González	21
TERCER PUESTO	31
El alfa y el omega de un corazón migrante	
Seudónimo Zulem	33
TEXTOS RECONOCIDOS	41
Fronteras en el cuerpo, cicatrices en el alma	
Cecilia Fontanive	43
La mejor versión de mi	
Yolmari Chirinos Escalona	47

Mis etapas de migración

Seudónimo Amada por Dios 57

Por amor

Omaira Barreto65

Historia

Seudónimo Corazón de Girasol 73

A dentelladas

Gilma Montoya Gómez 81

La Maga

Seudónimo La Maga 87

CATEGORÍA Mujeres que trabajan con mujeres migrantes 95**Tu fuerza acompañó mi viaje**

Lina María Cano Suárez 97

Desarraigo, Identidad, y palabra, se tejen en el camino

Yolima Astrid Álvarez111

Guía para la escritura de testimonios115

Presentación TIRO

Presentación RETIRO

CONCURSO “VOCES Y SILENCIOS”
Vigésima Cuarta Versión

TESTIMONIOS DE MUJERES MIGRANTES

CORPORACIÓN EDUCATIVA COMBOS
“PROYECTO CAMINANTES SÍ HAY CAMINO”

**ACTA DE RESULTADOS DE LECTURA POR PARTE DE
LAS JURADAS:**

Ana Sofía Restrepo Saldarriaga
Nora Elena Mesa Sánchez
Medellín, 4 de octubre de 2025

Ha sido una experiencia inigualable por la calidad de todos los textos que, en forma personal y muy sentida, cada participante planteó para esta versión. Se presentaron veintiséis textos en la categoría de mujeres con experiencias en la migración y dos textos en la categoría de mujeres que trabajan con mujeres migrantes.

Valoramos la calidad de cada texto porque manifiesta la gran capacidad de reflexión en la recuperación de las propias experiencias vividas, y en la expresión de los sentimientos que, a manera de catarsis, afloraron en cada situación y que luego, de manera sincera y con gran disposición, plasmaron en una escritura valiosa.

Para nosotras fue una experiencia extraordinaria haber tenido la oportunidad de lectura juiciosa, reflexiva y llena de enseñanzas que este conjunto de textos nos regaló. Fue difícil tomar la decisión sobre el orden de elegibilidad para el concurso, porque el conjunto

de textos merecía estar en los primeros lugares, labor que nos obligó a descartar muchos que podrían haber estado en posiciones superiores. Resaltando que la decisión sobre el orden de elegibilidad fue difícil, por lo que ocupar puestos diferentes a los primeros no significa, ni representa, que aquellos ubicados en esas posiciones, no merezcan nuestra valoración y consideración.

Nuestro análisis se basó en los criterios:

1. El texto da cuenta de acciones y experiencias de integración social.
2. El texto da cuenta de la capacidad de transformación y tránsito hacia la integración, posterior a la migración.
3. La redacción del texto es fluida y coherente.

De esta manera hemos definido el siguiente orden de elegibilidad para cada uno de los textos:

CATEGORÍA MUJERES CON EXPERIENCIA EN LA MIGRACIÓN

TÍTULO DEL TEXTO	POTENCIA DEL TEXTO
Del miedo a la voz: mi viaje como mujer refugiada y lideresa	<p>El texto cumple con los criterios del concurso al ofrecer una descripción detallada y emocional de la experiencia migratoria. Su narrativa es fluida y coherente, lo que permite una inmersión profunda en la historia.</p> <p>Historia de vida muy valiosa. Narra su crecimiento desde la falta de trabajo y de tener que hacer labores de cualquier cosa para sobrevivir, hasta su crecimiento y empoderamiento que le ha permitido ahora asesorar y brindar ayuda a otras migrantes.</p> <p>La autora subraya la importancia de la solidaridad y el apoyo mutuo, evidenciando su capacidad de transformación y su camino hacia la integración social.</p>

<p>A mi café le falta azúcar y le sobra agua</p>	<p>La narrativa "A mi café le falta azúcar y le sobra agua" describe la experiencia de migración, los desafíos y las emociones que conlleva dejar atrás el país de origen y buscar una nueva vida.</p> <p>Narrativa muy poética, expresiva y profunda. Manifiesta sus sentimientos en su país y las situaciones del entorno, de su casa y de su familia de muy buenas formas y con mucha claridad.</p> <p>Está muy bien estructurado en capítulos que van ampliando sus análisis poéticamente.</p>
<p>El alfa y el omega de un corazón migrante</p>	<p>El texto "El alfa y el omega de un corazón migrante" resalta por su capacidad para conmover a través de un relato personal e íntimo sobre la experiencia migratoria. El escrito transmite la complejidad de los sentimientos y desafíos inherentes a dejar atrás el país de origen y buscar una nueva vida en un lugar desconocido.</p>
<p>Fronteras en el cuerpo, cicatrices en el alma</p>	<p>Relato autobiográfico que describe de manera detallada y emocional su experiencia como migrante. Es un texto que destaca la importancia de la dignidad y la libertad para las personas migrantes y LGBTIQ+.</p> <p>Muy profundas reflexiones, trayendo al texto preguntas sobre la existencia, la migración, los papeles, las fronteras y el cuerpo.</p>
<p>La mejor versión de mí</p>	<p>"La mejor versión de mí" es un potente testimonio en tercera persona que describe la experiencia migrante de Alondra de manera detallada. Destaca su capacidad de resiliencia y determinación para adaptarse y prosperar en un nuevo entorno.</p>

Mis etapas de migración	<p>Este testimonio transmite la complejidad emocional de la experiencia migrante y destaca la importancia del apoyo familiar en momentos críticos.</p> <p>Narra el deterioro y la vulneración de los derechos y la pérdida de la libertad de expresión en Venezuela y cómo se fueron perdiendo todos los logros de la población, la desaparición de la clase media, las colas y la escasez de gasolina y de productos para vivir.</p>
Por amor	<p>"Por amor" es un testimonio poderoso que aborda la migración de manera conmovedora, permitiendo conectar con la historia y sentir la complejidad de su experiencia.</p>
Historia	<p>El texto "Historia" se destaca por la manera en que la autora describe su proceso de empoderamiento a través del trabajo y la participación comunitaria, lo cual le ha permitido encontrar un sentido de pertenencia y propósito en su nueva vida en este país.</p>
A dentelladas	<p>"A dentelladas" es un relato honesto que muestra la fuerza y resiliencia de la autora. Su narrativa inspira y hace reflexionar sobre la importancia de la dignidad y la libertad.</p>
La Maga	<p>"La Maga" describe la trayectoria de vida de una mujer, marcada por múltiples desafíos y adversidades. La historia explora la drogadicción, la pobreza y la muerte de seres queridos, mostrando la resiliencia y la fortaleza de la autora para superarlos. No es migrante, pero en su narración define que cada momento vivido, cada pérdida, es un rompimiento con su proceso de vida, igual a como lo vive una migrante. Termina el escrito reconciliado con su vida y con buena proyección hacia los demás, orgullosa de sus hijos, que son su familia.</p>

CATEGORÍA MUJERES CON EXPERIENCIA EN LA MIGRACIÓN

TÍTULO DEL TEXTO	POTENCIA DEL TEXTO
Tu fuerza acompañó mi viaje.	El texto narra la historia de una mujer que trabaja con mujeres migrantes, destacando la importancia de la sororidad y la juntanza en el proceso de integración social. La autora transmite la complejidad y la dureza de la experiencia migrante de manera efectiva.
Desarraigo, identidad y palabra, se tejen en el camino	Es un testimonio conmovedor que narra la experiencia de tres niñas migrantes en una escuela, destacando la importancia de la escucha activa y la mirada amorosa en su integración social. La narrativa es fluida y coherente, transmitiendo con efectividad la complejidad de la experiencia migrante.

Firmado

Ana Sofía Restrepo Saldarriaga

Nora Elena Mesa Sánchez

CATEGORÍA

**Mujeres con experiencia
de Migración**

PRIMER PUESTO

**Del miedo a la voz:
Mi viaje como mujer refugiada
y lideresa**

Yexica Carolina Marcano Salgar

DEL MIEDO A LA VOZ: MI VIAJE COMO MUJER REFUGIADA Y LIDERESA

Yexica Carolina Marcano Salgar

Me llamo Yexica Carolina Marcano Salgar, soy venezolana, nacida en Caracas, y hace algunos años emprendí junto a mi familia el camino más difícil pero también más transformador de mi vida, la migración. Soy hija, hermana, mujer refugiada, emprendedora y hoy también lideresa comunitaria. Esta es mi historia, una historia marcada por pérdidas, resiliencia y reconstrucción, pero sobre todo por esperanza.

Crecí en Caracas, con mi familia, mis estudios y un entorno que me brindaba tranquilidad y confianza. Estaba en la burbuja de universidad, trabajo y seres queridos... todo en orden. Me gradué de Comunicación Social con la ilusión de crecer en mi profesión y abrirme camino en el ámbito laboral. Pero poco a poco la vida en Venezuela se fue complicando tanto que ni las ganas más grandes podían tapar lo evidente de la inseguridad, la falta de oportunidades y los anaqueles vacíos. Todo eso me fue empujando, hasta llegar al punto de tomar la decisión más dura: migrar.

En septiembre de 2017 crucé la frontera hacia Colombia junto a dos de mis hermanas. Íbamos nerviosas, con el dinero justo, caminando por ese puente caluroso que parecía quemarnos los pies, con la mezcla de miedo e ilusión latiendo al mismo tiempo. Dejamos atrás a nuestra familia, recuerdos, casa, todo lo que nos

había sostenido. Nos vinimos con tres maletas llenas de ropa, incertidumbre y fe. ¿Fácil? Para nada. Llegamos a una ciudad desconocida, sin comodidades, sin lo básico y además en situación legal irregular.

Tuvimos, eso sí, la fortuna de contar con Ale y su familia, colombianos solidarios que nos recibieron y ayudaron a dar los primeros pasos. ¡Quién diría que conocer a Ale años atrás, en un foro de un grupo llamado RBD, sería tan importante en mi vida! Lo que empezó como una amistad virtual se convirtió en un apoyo real y valioso en el momento en que más lo necesitábamos. Ese gesto fue un faro en medio de tanta incertidumbre y fue sentir que Colombia nos estaba recibiendo con los brazos abiertos.

Conseguir trabajo fue un verdadero *prueba-error*. Hicimos de todo, ventas ambulantes de postres, empanadas, medias, limpiones (por cierto, éramos malísimas vendedoras, nadie nos compraba); trabajamos como ayudantes de cocina, meseras o en labores de limpieza, largas jornadas, sueldos muy bajos y algunos engaños laborales que hoy recuerdo con serenidad, aunque en ese momento dolieron. Muchas veces el dinero no alcanzaba ni para lo mínimo.

Migrar me transformó profundamente. En Venezuela viví la escasez porque simplemente no había nada en los estantes; en Colombia fue distinto, había de todo, pero yo no tenía dinero para comprar nada. Ese contraste fue brutal. Y en medio de ese golpe entendí que cada pequeño logro había que celebrarlo, que cada moneda contaba y que cada día que salíamos adelante era una victoria.

Descubrí que me adapto rápido, que no me quedo anclada a lo perdido y que, aunque a veces quisiera, no puedo rendirme.

Con el tiempo y a punta de esfuerzo logramos reunir a mis padres y a mi otra hermana en Medellín. Ese fue un momento de profunda felicidad, volver a estar juntos nos devolvió las fuerzas, y con esa unión, nuestro emprendimiento familiar también se fortaleció. Lo llamamos *Yexis Cakes*. Desde el inicio habíamos hecho postres y cupcakes por encargo, pero en ese momento tomamos más impulso y el negocio comenzó a crecer hasta convertirse en lo que es hoy, un emprendimiento estable que ofrece tortas artísticas, refrigerios y almuerzos corporativos. De sobrevivir a emprender, así se resume. Y sí, aún me emociona cuando entregamos una torta y la gente sonríe como si le hubiéramos dado un pedacito de esperanza.

También en este caminar tuve la oportunidad de ser cofundadora de la Corporación Voluntariado Venezolano (CORPVOLVEN), una organización que nació en 2018 del deseo de transformar la experiencia del dolor en fuerza colectiva. Desde el inicio nos enfocamos en apoyar a mujeres refugiadas, migrantes, retornadas y también a mujeres colombianas de comunidades de acogida, entendiendo que solo juntas podemos reconstruirnos.

Con el tiempo hemos crecido, ejecutando proyectos que nos han permitido llegar a diferentes territorios, fortalecer liderazgos femeninos y abrir caminos de integración. Uno de nuestros mayores logros ha sido la creación de grupos de ayuda mutua, espacios seguros donde las mujeres comparten sus historias, se acompañan en sus procesos y descubren que no están solas. Allí nacen redes de apoyo reales, vínculos de amistad, proyectos de vida y, sobre todo, la certeza de que juntas somos más fuertes.

Como directora de CORPVOLVEN he participado en espacios de incidencia como el Concejo de Medellín, en el debate sobre la política pública para la gestión de la migración, en comités

institucionales, y además soy la representante de las mujeres migrantes en el Comité de Interlocución de la Secretaría de las mujeres. Hoy, las voces de las mujeres migrantes, refugiadas y retornadas dejaron de ser un eco lejano, para ser parte activa de las decisiones. Todo esto me ha enseñado que no solo se trata de brindar apoyo, sino de abrir espacios para que las mujeres sean reconocidas como sujetas de derechos, con dignidad y con voz propia.

Ese aprendizaje lo veo reflejado en cada proceso y en cada mujer que he acompañado. Entre todas las historias, siempre recuerdo a Isa, una mujer venezolana que llegó con su esposo y sus cinco hijos, sobreviviendo de lo que reciclaban en la basura. Sin documentos, con la vida cuesta arriba, Isa parecía cargada de cansancio y dolor. La orienté desde el primer día, la conecté con organizaciones que podían ayudarla y participó en uno de nuestros talleres donde aprendió que cruzar una frontera no la deja sin derechos y que también adquiriría deberes en este, su nuevo hogar. Con el tiempo, consiguió un trabajo formal en una escuela y su vida cambió por completo. Hoy seguimos en contacto y su historia me recuerda que cada esfuerzo vale la pena. Con Isa aprendí que no solo se trata de ayudar, se trata también de tejer vínculos.

Hoy puedo decir que emigrar me permitió conocer nuevas personas, costumbres y me dio nuevos sueños. Pasé de ser la mujer que llegó con miedo y sin nada, a convertirme en puente para que otras mujeres encuentren su camino. Medellín me abrió puertas, me dio voz, me dio oportunidades y, sobre todo, me dio razones para seguir. Mi historia es solo una entre miles, pero al contarla se convierte en un mensaje que viaja lejos: migrar no es perder, es transformar, es crecer, es levantarse y volver a empezar, hasta descubrir que también hay vida y futuro más allá de la frontera.



SEGUNDO PUESTO

**A mi café le falta azúcar
y le sobra agua**

Margarita Antonia Chirinos González

A MI CAFÉ LE FALTA AZÚCAR Y LE SOBRA AGUA

Margarita Antonia Chirinos González

La del medio

Siempre en mi lugar, siempre segura, aquí estoy, añorando.

Soy quien cree en la humanidad, así la propia humanidad no crea en sí misma. Yo tuve una infancia bonita, llena de ropa heredada, zapatos con betún y esperando esa Barbie que Santa no pudo traer. Pero comprendí en ese entonces que él tenía muchos niños en el mundo a quiénes llevarles juguetes, y mi hermosa Barbie, cada año, otra niña la necesitaba.

Soy la del medio en una familia numerosa: cuatro hermanas y tres hermanos. No era ni de un lado ni del otro, ni la más querida ni la más odiada. Soy la del medio, con dos hermanos que significan mucho para mí por ser aliados y amigos. La cercanía de mis hermanos varones y el apoyo que fueron para mí en mi infancia y luego en mi adolescencia me demostró, desde muy joven, que la solidaridad no siempre viene del mismo género.

Mi mamá, una mujer del campo, fuerte y humilde, tuvo que crecer con más prisa, con más carencias que oportunidades. Le tocó rápidamente dar paso a ser adulta, aún con las desavenencias y la soledad y dejar su niñez guardada para otra vida, para otro tiempo. Mi madre se convirtió en una gran mujer, culta y educada, aunque llena de miedos y ausencias; capaz de conquistar el mundo, pero preparada para esperar, guardar y posponerse, hasta a ella misma. La admiración por la resiliencia de mi madre crece con el tiempo.

Mi padre, un hombre inteligente, tuvo una niñez no muy clara para mis recuerdos. Sé que le tocó perseguir el amor familiar, le tocó perseguir ese lazo materno, y en esos andares se convirtió en un excelente hijo, un maravilloso padre y un gran ser humano. Papá buscaba esa unión perfecta, esa familia unida en todos los grados de consanguinidad. Mi mamá siempre lo apoyó y nunca tuvo el valor de despertarlo de ese sueño irreal de una familia ideal... en esta vida, no.

Yo siempre fui la del medio. Nunca me prestaron otro puesto, no era muy grande para ser la más importante, ni era muy pequeña para ser la más consentida; pero nunca me sentí ni más ni menos. Sabía que tenía que luchar por todo y por cada una de las cosas, pues no nací en un lugar especial y tenía que hacérmelo yo en la vida.

No tuve la oportunidad de compartir con mis hermanas, porque teníamos mucha diferencia de edad, mientras que para mis hermanos eso nunca fue problema. Éramos una yunta buena para pelear, para jugar trompo, tirar piedras, pescar o romper alguna regla. Aburrída, nunca. En riesgo, todo el tiempo y emocionados por una aventura diaria. La vida era buena y dulce, porque lo que teníamos era lo mejor. Así se sentía y así fue.

En mi niñez, creo que mi mamá nunca supo del punto medio y por eso yo siempre tenía que correr detrás de ella; pero a mí no me importó y aunque me dolía, continué siempre enfocada en hacerme visible. Yo sentía que podía marcar ese cambio que hiciera que mi mamá se diera cuenta de "**ese punto medio**", ahí donde estaba yo. Solo era cuestión de tiempo.

Con mi papá fue un poco diferente. No sé si era porque teníamos gustos parecidos, como dibujar, pintar, esa pasión por celebrar la Navidad... y algunos gustos que no eran tan parecidos, pero que yo me esforzaba porque se parecieran, como tocar el cuatro. Nunca

tuve talento, pero aprendí, porque mi papá quería que alguien aprendiera y a comer mantequilla de maní, que no me gustaba. Quizás fueron las ganas tan grandes que tenía de que alguien se diera cuenta de que yo estaba ahí, en el punto medio. Lo que sé es que con él funcionó un poco más. Se detenía en esa línea, me miraba, me determinaba y me prestaba atención.

Así crecí, tratando de sobresalir para conseguir esa mirada que otros tenían sin grandes esfuerzos, solamente por haber nacido en un tiempo específico. Pero conseguí hacerme notar.

El amor por el arte y la creatividad, de una manera muy sutil, me unieron a mi padre. Exploré y exploté todo mi potencial, aunque por circunstancias del destino hubo una pausa, pude retomar mi pasión, porque el arte es parte de mi vida.

El tren

Esa época de mi vida se sintió como un tren. Te montas en la primera parada y no distingues un olor o un sabor, porque todo es muy nuevo, pero vas aprendiendo y captando. Llevaba una maleta y fui llenándola en el camino con alegrías, tristezas, miedos, sueños, desilusiones, llanto, éxitos, derrotas. En ese camino fui construyendo mi propósito. Pero lo que más tuve en ese primer viaje fueron preguntas como *los benditos* ¿Por qué?: ¿por qué a mí?, ¿por qué no a mí?, ¿por qué yo? ¿Por qué no yo? Y me tocó pedir la parada y bajarme del tren... dejar mi casa.

Me monté en otro tren llamado matrimonio; justo el viaje para el que no estaba preparada. Viaje que pronto me mostró el lado oscuro del conocido. Y ahí recordé una de esas frases que mi mamá decía, esos mensajes de alerta: “mujer que le pegan una vez, le pegan toda la vida”. ¡Créanme! No hubo una segunda vez.

Aquí también, decidí pedir la parada y me bajé del tren sin mirar atrás. Mi maleta estaba más llena; le sumé preocupaciones y responsabilidades. Me bajé en la parada y me esperaba el tren del divorcio, al que subí con mi maleta y dos compañeras que le dieron sentido a mi vida: mis hijas. Solo quise tener dos hijas, así ninguna sería la del medio.

Este tren me llevó suave, segura; fueron buenos tiempos. Papá y mamá me miraban, me veían. Descubrí que ser los abuelos de mis hijas fue para ellos algo maravilloso, se les notaba. Mi hija mayor significó un regalo muy valioso para mi papá por ser su primera nieta. Eso fue bueno para él, se lo disfrutó y siempre lo agradeceré, aunque no a todos les haya alegrado que justo **la del medio** le colocara dos veces la banda de abuelo a mi papá.

Fueron buenos tiempos, con imprevistos o paradas inesperadas, pero sin bajarme. Porque mi viaje fue placentero. Este viaje, en este tren, marcó una etapa tan maravillosa que no me quería bajar; no pedí la parada; algo me decía que la próxima estación podría cambiar mi vida, y no estaba dispuesta a tomar riesgos.

Y ahí estaba otro maldito tren, llamado 1997.

1997

Un dolor inesperado, de esos que no tienen parentesco, yo llorando por desconocidos. El 31 de agosto de 1997, en Francia, en el túnel del alma, se apagó trágicamente la princesa Lady Di. Un sentimiento tan confuso se apoderó de mí; ella tan hermosa; yo, admirando su rebeldía tan elegante, su filantropía. ¿Cómo pudo su vida terminar así? Y pensar que lo que sentí por la partida de Diana no se compara con lo que venía...

Llegó un empujón que me dejó sin aliento. ¿Cuándo llegué hasta aquí? ¿Y la parada? ¿Cuándo me monté en este tren, que huele a lluvia por la noche? Se sintió como si una nube oscura se posará sobre mí.

Esa madrugada del miércoles 17 de septiembre de 1997, el tren se paró sin aviso. Sin pedirlo, me lanzó sin piedad y me quedé en esa parada, esperando que me dijeran que era mentira, que no murió, que estaba bien; que papá no llegaría en una caja de madera marrón, pero no fue así. Me quedé en la parada, dejando pasar los trenes, porque ya no tenía ni rumbo ni destino; mi corazón se heló y de nuevo volvieron las preguntas. A lo lejos, se escuchaba algo de ruido; algo político se estaba gestando, pero yo no tenía ganas de saber.

Luego supe que ese ruido, que en medio de mi tristeza no quise escuchar, era el nacimiento del mal: “El 21 de octubre de 1997 se fundó el partido Quinta República”, el declive, el principio del fin de la vida digna del venezolano.

Mi refugio

El dolor me marcó y me llevó a buscar refugio. Y allí me encontré de nuevo con el arte. Retomé mi camino buscando un propósito y una mejor vida para mis hijas, porque el ruido político se estaba convirtiendo en escándalo, pero aun así muchos - incluyéndome - no lo escuchábamos, o eso queríamos creer.

Desde mi última parada caminé a pie, con dolor, pero sin detenerme. Más sola que nunca. Ya él no estaba y mis compañeros de aventura estaban persiguiendo sus sueños, con su dolor y librando sus propias batallas.

Mis hijas y el arte se volvieron mis prioridades, y, caminando sin prisa y sin pausa me encontré, me empoderé y no me quería perder otra vez. Al fondo seguían los ruidos políticos, ya escandalosos. Pero: “¡No vale, Venezuela es muy rica, aquí no pasa nada!”, y de golpe, opresión, abusos, expropiación, adoctrinamiento, mordazas, fraudes.

Y al final del día, nos convencíamos: “¡No vale, aquí no pasa nada! Eso es en otros países. Venezuela tiene muchos aliados...” Y el ruido se tornó en un escándalo insoportable: “No hay luz”. “No hay agua”. “No hay gasolina”. “No hay comida”.

¿Será que yo estaba sorda?, ¿estaba ciega?, ¿o solo miraba hacia otro lado y subía el volumen de la música?, ¿nos sobró valentía o egoísmo?, ¿nos faltó, empatía o solidaridad?

Y mientras yo me encontraba, mi país se perdía, aunque sí marché, sí voté, sí firmé. Pero nos sobró el **yo** y nos faltó el **nosotros**. Unidad, ya no veo, ahora miro; ya no oigo, ahora escucho.

La ventana

Hoy, por primera vez en mucho tiempo, miré a través de la ventana, mirando, no solo viendo. Noté las mismas casas de mi vecindario, pero ya no con el mismo color vibrante; mucho polvo en los porches, demasiadas casas vacías. La de Alberto aún está ocupada, uno de los muchos migrantes que llegó a Venezuela; como todo portugués, montó su supermercado. Él no lo sabe, pero en poco tiempo la devaluación del bolívar lo hará perder todo, y lo veré colgado en su sala. Su esposa, Martina, llorará en silencio, con ganas de seguirlo.

Ahí va María Eugenia, la maestra de mis hijas en primaria. Cuarenta años formando gente de bien. Sus tres hijos profesionales, ya se fueron del país. Ella no lo sabe, pero antes de terminar el año, la soledad y la depresión le apagan el corazón, y pocos estaremos en su funeral.

También se ve la casa del amigo Forero; se ve sola, porque él se va muy temprano a trabajar en su restaurante. Desde que migró de su natal Colombia, su restaurante lo es todo; él no lo sabe, pero pronto tendrá que cerrar porque no habrá con qué surtir el negocio y terminará dependiendo de lo que le envíe su hermana desde Colombia.

Y lo que muchos no sabían era que salir a la calle y levantar la voz les costaría la vida. Porque ese es el precio que se paga ahora en nuestro país por exigir un derecho. Y la sangre corrió y correrá, y el mundo nos mirará.

¿Y qué es lo que yo no sé? Que en un año estaré cruzando una frontera, llena de miedos y con el corazón partido en dos.

Hoy me desperté

Hoy me desperté con mi primera taza de café y los primeros rayos del sol. Entre dulce y amargo, hoy entendí que ya los amaneceres de mi tierra no los disfruta tanta gente, que las casas de mis vecinos están rodeadas de polvo y soledad, que sobran recuerdos y falta familia, vecinos, amigos.

Hoy desperté con cincuenta años. Una madre que se me envejece en los recuerdos de los buenos tiempos y la escasez; esa madre que, con el pasar de los años, me dejó ver que me veía más de lo que yo sentía y pensaba, solo que su mirada hacia mí era diferente, pero no menos valiosa.

Una hija en México, y la otra hija en Colombia. Dos hermanos en una mecedora de escasez y miedo. Y una nieta de once años, que con su ausencia me rompe el corazón y me hace preguntarme **¿hacia dónde voy?**

Hoy me di cuenta de que a mi café le falta azúcar y le sobra agua.

Los dichos

Con el alma rota y los latidos del corazón desbordados, empaqué ropa, zapatos, libros y algún perfume.

Mientras empacaba, en mi cabeza rondaba: *“Dicen que por ser indocumentada solo pagan veinte mil pesos por día, mano de obra barata por necesidad...”* ¿Y será que con eso pago arriendo, servicios, comida? ¿A quién le pido prestado? ¿A quién le pido ayuda, si el mundo nos odia? Eso dicen. Y en mayúscula NOS ODIAN.

Y sigo guardando, y sigo pensando: “Dicen que es peligroso”. “Que, si miras mal a alguien, te matan y te empaican en una bolsa negra”. Eso dicen ¡qué miedo!

Y mi mente comenzó a recorrer ese pasado reído, donde fui feliz cuando era solo una niña, ese pasado llorado donde perdí seres amados, y este presente que me enfrenta a dejar lo que soy, lo que construí, lo que me valida y me certifica.

Dicen que donde voy, lo que luché ya no vale, que ya no soy quien creo, sino que seré quien crean que soy, porque no es mi tierra, no tengo mi sello, no será mi bandera, no tendré pueblo.

Dicen que ya no soy nadie. Dicen que al cruzar la frontera del hombre “No soy de aquí porque mi nombre no aparece en los archivos, y no soy de allá porque me fui”.

Los hechos

Lo hice con miedo y tristeza, crucé esa frontera que me llevó al país vecino, Colombia, ese que conocí por historias de su propia gente, por paseos, pero en el que nunca pensé vivir. Y aquí también escuché ruidos: “veneca, arrogantes, mendigos, fuera, vuelvan a su país, migrantes son una plaga”.

Pero hay un ruido más fuerte y constante, el de esos colombianos gentiles, humanos y tolerantes, que nos ven y tratan por lo que somos y no por lo que otros hacen.

Es un hecho, dejé atrás no solo mi casa, sino mi historia. Cada paso era un adiós a lo que fui, un despojo de mi identidad. La tierra que me vio nacer ahora es un recuerdo distante, un eco que se desvanece con el viento; he perdido mis raíces, mis recuerdos anclados en cada rincón, y el rostro de mis seres queridos se difumina en la bruma de la distancia. El peso de esa pérdida es una mochila invisible que cargo sobre mis hombros, una carga que ni el tiempo ni el espacio logran aligerar.

Y, sin embargo, aquí estoy. En este nuevo país, una tierra que me ha acogido con manos extrañas pero cálidas. No es mi hogar, no aún, pero es un lugar donde el sol brilla de nuevo sobre mi rostro, donde he encontrado un techo bajo el cual dormir y un plato de comida que me nutre.

Aquí he comenzado a reconstruir mi vida, no desde cero, sino desde las ruinas de lo que fui. El dolor de la pérdida no desaparece, pero se transforma en la fuerza que me impulsa a seguir adelante.

En cada gesto de bondad, en cada palabra de bienvenida, siento el renacer de mi esperanza. Este nuevo país no me devuelve lo que perdí, pero me ofrece algo invaluable: la oportunidad de volver a ser, de escribir una nueva historia, de sembrar nuevas raíces y de encontrar un nuevo sentido a mi existencia.

Ya no soy solo una migrante despojada, soy una sobreviviente, una constructora de puentes, una soñadora que encuentra un nuevo horizonte. Y puedo decir que estoy de vuelta a donde comencé. Volví a ser la del medio, porque estoy en medio de la tierra que me vio nacer y la tierra que me acogió para volver a florecer.



TERCER PUESTO

**El alfa y el omega de
un corazón migrante**

Seudónimo Zulem

EL ALFA Y EL OMEGA DE UN CORAZÓN MIGRANTE

Seudónimo Zulem

Mi nombre es Zulemma, y esta es la historia de mi corazón, un territorio que se ha expandido y contraído entre fronteras, un mapa dibujado con lágrimas de despedida y semillas de esperanza. Es la crónica de un viaje que comenzó con la muerte de un presidente y terminó con el renacimiento de mi propia alma. Esta es la odisea de un corazón migrante, desde su alfa hasta su omega.

La decisión de partir: un salto al vacío con esperanza y temor

En 2013, seis meses después de la muerte del presidente Hugo Chávez, tomé una de las decisiones más importantes de mi vida: emigrar de Venezuela. La situación del país ya mostraba signos de crisis, y sentí que quedarme era renunciar a mis sueños y al futuro que deseaba construir. Fue un momento lleno de incertidumbre, pero también de coraje. Dejé atrás mi tierra, mi gente y muchas cosas que formaban parte de mi identidad, con la esperanza de encontrar un nuevo comienzo.

La travesía hacia el asilo: las expectativas y la dura realidad de la burocracia

Aterricé, con mi esposo y mi hijo en Alemania en el año 2022, con el invierno crispando el aire y nuestras ilusiones intactas. Creímos, como tantos otros, que al cruzar esa frontera encontraríamos un puerto seguro inmediato, un abrazo de consuelo institucional. La realidad fue un balde de agua fría. El asilo político no es un refugio cálido, es un laberinto gris de formularios, citas interminables y salas de espera frías donde el tiempo se estira como un chicle. Cada entrevista era un viaje a la introspección forzada, teniendo que revivir

y justificar nuestro dolor para un funcionario detrás de un escritorio, cuyo gesto inexpresivo podía significar el futuro o el fracaso. La ansiedad se volvió mi sombra. Cada llamada al buzón era tener el corazón en la boca, vivíamos una incertidumbre constante, en una casa con cinco familias de diferentes nacionalidades, la expectativa de recibir la citación para la siguiente fase o la notificación de un rechazo que nos devolvería al abismo. La vulnerabilidad era absoluta. Éramos números en un sistema, casos en un expediente, y nuestra humanidad parecía diluirse en la pesadilla burocrática. La promesa de echar raíces se postergaba día a día, y en su lugar, crecía la hierba mala de la incertidumbre. Esperar se convirtió en nuestro oficio principal, un trabajo agotador que no pagaba con monedas, sino con migajas de paciencia.

El desarraigo y la soledad en tierra ajena: un dolor silencioso

Aún con un permiso provisional, Alemania se sentía ajena. Todo era nuevo y, por lo mismo, agotador. El idioma sonaba a metálico susurro incomprensible, una barrera constante que me aislaba en una burbuja de silencio, y solo el traductor podría ser mi salvavidas; las costumbres, la comida, la manera de saludar, incluso la forma de la luz en invierno, todo me recordaba que yo no era de allí.

La nostalgia era un dolor físico, un puñal en el costado que se activaba con el olor de una flor que no era la de mi tierra, con el sabor de una fruta que no sabía a la de mi infancia. Extrañaba el bullicio familiar de Caracas, los domingos de sancocho, la calidez efusiva de mi gente. En este lugar, la cortesía era gélida, distante. La soledad era un manto que me envolvía incluso en medio de la multitud; podía estar en un parque lleno de gente y sentirme completamente invisible, irremediadamente sola. Era un desarraigo profundo, como si me hubieran arrancado de cuajo y trasplantado a una maceta que no era la mía. Mi corazón latía en un huso horario distinto al de mi cuerpo, siempre anclado al trópico, a la voz de mi madre, a un hogar que ya solo existía en mi memoria.

Crisis de salud en el extranjero: cuando el cuerpo y el alma gritan

Fue en medio de ese desamparo emocional donde mi cuerpo decidió rebelarse. Dos veces soñé con llenar ese vacío con una nueva vida, y dos veces ese sueño se truncó entre las frías paredes de un hospital alemán. Nunca estuve tan cerca de la muerte, estaba literal dentro de mí “donde debería de haber vida”. Las pérdidas de mis embarazos fueron las experiencias más desgarradoras de mi vida. El dolor físico era solo una parte; la otra, infinitamente más profunda, era la soledad absoluta; no tenía la mano de mi madre para apretar, no tenía el consuelo familiar que amortiguara el golpe. Las explicaciones médicas se perdían en la barrera del idioma, convertidas en un murmullo técnico e incomprensible que solo aumentaba mi terror. Las miradas de los doctores, aunque profesionales, carecían de la calidez humana que tanto necesitaba.

El duelo fue silencioso, íntimo, un pozo negro en el que me sumergía cada noche, ahogándome en un llanto que solo escuchaban las cuatro paredes de mi cuarto. Sentí un desamparo tan profundo que me hizo cuestionar todo. ¿Valía la pena tanto sufrimiento? ¿Era este el futuro por el que habíamos arriesgado todo? Mi alma gritaba en silencio, pidiendo el consuelo de lo conocido, el abrazo de los míos.

El regreso a Colombia y un corazón migrante reventado, lleno de cicatrices invisibles

El cuerpo aguanta lo que el alma no puede, y mi alma se quebró; el estrés acumulado, el trauma de la partida, la burocracia deshumanizante, la soledad corrosiva y el dolor lacerante de mis pérdidas construyeron una prisión dentro de mi mente. La ansiedad se convirtió en mi carcelera, y la depresión, en una niebla espesa que apagaba todos los colores del mundo; ya no podía levantarme, ya no podía fingir. El sentimiento de vergüenza era abrumador; me decía a

mí misma que debía ser fuerte, que había venido por una vida mejor.

Ocho meses después, cuando comenzaba a recuperar mi equilibrio emocional, recibí otra dura noticia: mi madre que estaba en Colombia había enfermado repentinamente por la partida de sus hijos, en busca de una mejor calidad de vida a ella, pero la soledad del migrante le jugó una mala pasada y se enfermó de trastorno afectivo bipolar con pensamientos psicóticos; fue internada de emergencia en una clínica psiquiátrica durante tres meses. En ese momento supe que debía volver, mi corazón sabía que debía estar a su lado, porque mi madre, pese a la distancia, siempre será mi raíz.

Este retorno voluntario implicaba renunciar al asilo, dejar atrás los cursos de idiomas, el colegio de mi hijo y el anhelo de vivir en condiciones dignas, en construir un hogar seguro, no era una decisión sencilla, porque implicaba interrumpir mis planes y asumir nuevamente un proceso de adaptación en Colombia, empezar de cero en mi condición de migrante, por haber perdido el Permiso de Protección Temporal - PPT - que se pierde después de estar ciento ochenta días fuera del país y hoy en día, mi estatus migratorio es turista, paradójicamente teniendo esposo e hijo colombiano.

Aprendí que las cicatrices más profundas son las que no se ven; que la migración no es solo un viaje físico, sino una tormenta emocional que deja marcas indelebles. Aprendí, lentamente, a identificar mis emociones, el duelo, el miedo, la alienación y el desarraigo. Fue un proceso doloroso, pero necesario; fue el reconocimiento de que mi corazón migrante estaba herido, y que necesitaba curarse para seguir latiendo. Tomar la decisión de renunciar al asilo fue una de las elecciones más desgarradoras de mi vida; significaba dejar atrás los cursos de alemán que con tanto esfuerzo había empezado; interrumpir la educación de mi hijo, admitir una derrota ante los ojos del mundo. Sentí una frustración inmensa, una rabia sorda contra las circunstancias que nos obligaban

a elegir entre la seguridad física y la salud del alma. Era una encrucijada brutal, permanecer en la "estabilidad" que nos estaba consumiendo por dentro, o volver a empezar, otra vez, con el riesgo de caer en lo que originalmente queríamos evitar.

La precariedad jurídica: un limbo que persiste

Hoy me encuentro en Colombia; mi esposo es colombiano, mi hijo tiene esa nacionalidad, pero yo estoy aquí como turista. Perdí mi Permiso Especial de Permanencia (PPT) por no poder cumplir con los requisitos burocráticos en medio de mi crisis. Ahora, mi estatus es tan frágil como un cristal. Este limbo jurídico es una fuente constante de ansiedad. Vivo con la sombra de la deportación, acechando una vez más, con el temor de que un papel mal sellado pueda separarme de mi familia.

Es una ironía cruel, en un país que se siente más como "casa", mi situación legal me grita que soy una extranjera, una invitada de piedra. La inseguridad es omnipresente; no poder trabajar legalmente, no tener acceso pleno a servicios como la salud, la educación, vivir con permisos temporales que hay que renovar cada seis meses al año, con una sola prórroga y con costos, difíciles de asumir, una y otra vez, es agotador; es como construir una casa sobre arenas movedizas, sabiendo que en cualquier momento todo puede venirse abajo. Esta precariedad es la realidad de millones de migrantes que, incluso habiendo encontrado un lugar que les brinda cierta calidez humana, deben navegar un sistema que los mantiene en un estado perpetuo de provisionalidad y temor.

El anhelo de pertenencia: la raíz que llama y el corazón dividido

A través de todo este viaje, he aprendido que el hogar no se lleva en el pasaporte, sino en el corazón. Y mi corazón siempre supo que su raíz más profunda no estaba en Alemania, ni siquiera en la Caracas que dejé atrás, sino en la gente que amo. Mi madre, cuya voz al

teléfono era un bálsamo en las noches más frías, es mi ancla; esa conexión invisible pero indestructible es la que finalmente me guió.

Los migrantes llevamos un corazón dividido: un pedazo late en la tierra que nos vio nacer, con sus olores, sus sabores y sus recuerdos, y el otro pedazo intenta latir al compás del nuevo lugar, con la esperanza de integrarse. Ese desgarró produce un sentimiento constante de extrañar; se extraña un lugar, una época, una sensación; se busca desesperadamente un rincón del mundo donde el corazón deje de sentirse escindido y pueda latir en plenitud, donde una pueda decir "soy de aquí" y sentirlo con toda la verdad del alma; es la búsqueda eterna de un puente que una esas dos mitades.

La resiliencia inquebrantable: la capacidad humana de reinventarse

Mirando atrás, veo un camino largo, duro, jalonado de piedras y también de flores silvestres. Este viaje migratorio, con todas sus sombras, también me mostró de qué estoy hecha; aprendí a vivir con la nostalgia, a abrazarla sin permitirle ahogarme; aprendí a reinventarme, a encontrar fuerza donde solo creía haber debilidad. La resiliencia no es ser invencible, es aprender a levantarse una y otra vez, incluso cuando las rodillas sangran y el alma pesa una tonelada; es la capacidad de encontrar belleza en un atardecer en un parque desconocido, de hacer una nueva amistad que trascienda las barreras del idioma, de cocinar una arepa en una cocina colombiana y sentir, por un instante, que el hogar me alcanzó; es un espíritu de lucha que se nutre no de la certeza del triunfo, sino del simple y terco acto de seguir respirando, de seguir intentándolo. Me reinventé como sobreviviente, como guerrera, como mujer que conoce el precio de la paz y está dispuesta a pagarlo con trabajo, con lágrimas y con amor.

El verdadero hogar: más allá de las fronteras, un refugio de paz y amor

Y así, llegamos a la omega, al final de este ciclo. He comprendido que el verdadero hogar no tiene coordenadas geográficas, no está delimitado por fronteras ni definido por un estatus migratorio. El hogar es ese espacio donde encuentras paz; es la seguridad emocional de saber que eres amado y aceptado. Para mí, hoy, el hogar es el abrazo de mi hijo, la complicidad con mi esposo, la conversación permanente con mi madre cada mañana; es el amor que nos hemos cultivado como familia, un jardín que hemos regado con lágrimas y risas, y que ha echado raíces profundas en nosotros, no en un pedazo de tierra.

Este camino me hizo más fuerte, sí, pero sobre todo me hizo más humana, más consciente de la fragilidad y la fortaleza que nos habita; aprendí que la dignidad no te la da un papel del Gobierno, sino la integridad con la que enfrentas tu vida. El viaje migrante es, en esencia, la búsqueda de un lugar donde el corazón pueda por fin descansar, y, a veces, ese lugar no se encuentra en un mapa, sino en el rostro de quienes te aman y te acompañan, desde el amor, incondicionalmente. Esa es la auténtica omega para un corazón migrante: la paz de haber encontrado, al final de tanto vagar, un refugio en el amor.

The background of the page features a light-colored, cracked, and marbled texture. Scattered across the corners and edges are several dark, stylized leaf patterns, resembling maple leaves, which are semi-transparent and blend into the background.

TEXTOS RECONOCIDOS

FRONTERAS EN EL CUERPO, CICATRICES EN EL ALMA

Cecilia Fontanive

Me llamo Lara, pero ese no es mi nombre. Mi nombre ya lo conoces, en algún momento también me llamé como tú. Soy todas las que han sido expulsadas, juzgadas, violadas, silenciadas, deportadas u olvidadas. Nunca elegí este camino, nadie lo hace.

¿Tú crees que una niña sueña con terminar durmiendo en el suelo de una habitación prestada, pagando con su silencio, con su cuerpo y con sus límites? Yo tampoco.

Mi vida ha sido una sucesión de huidas. Primero huí de una casa, donde el amor se daba solo si obedecías; donde la ley del hielo era rutina si fallabas. Después huí de un país, donde ser una mujer libre, lesbiana, tatuada y pensante es una amenaza, donde constantemente estás en lucha por sobrevivir. Y después huí de Europa, no porque quisiera, me sacaron; me arrojaron como si no tuviera el derecho de respirar el mismo aire que otros.

“Tienes cinco minutos para recoger tus cosas” - Esa fue la última frase que escuché en España. Esa y mi voz ahogada y entrecortada gritando que mis miedos se hacían realidad, a través de los barrotos a mi amada. Recuerdo la sensación exacta: un sudor helado bajándome por la espalda, las manos temblaban, la respiración era entrecortada, los sonidos eran distorsionados, las voces se oían lejos. Y yo estaba y no estaba en mi cuerpo. Todo mientras los

funcionarios de migración me leían una decisión escrita en una lengua sin alma.

Decían que debía ser expulsada a Colombia, aunque no nací ahí, aunque no tenía a nadie. Decían que no podía volver a pisar territorio europeo, como si fuera un castigo por haber nacido donde nací, por no tener el pasaporte correcto, por ser pobre, por ser yo. Mi cuerpo temblaba; no del frío del aeropuerto, sino del pánico.

Pensé en Janire; pensé que no me despedí, que no sabía si me volvería a escuchar. Pensé que el mundo estaba lleno de fronteras imaginarias que decidían quién merece vivir y quién no. Y entonces lo supe: yo no decidí migrar, migré porque no me dejaron vivir.

Me fui de Venezuela buscando un lugar donde respirar sin miedo. España me dio rejas y una celda. Dos años y un mes por un error, por desesperación, por pobreza. Allí conocí a Janire, mi amor, mi casa, mi abrazo. Allí por primera vez sentí que podía amar sin esconderme.

La cárcel terminó y debería volver a ser feliz, pero comenzó otro encierro: el del sistema migratorio. No importaron mis estudios o esfuerzos para graduarme como enfermera, no importó que me reconstruyera de cero, el Estado decidió que debía ir a un país donde no tenía nada, ni casa, ni familia, ni voz.

Llegué a Colombia el 10 de junio, sin dinero, sin techo, sin red ni cuerpo firme. Durmiendo sobre tablas, bajo el techo de un “amigo” que esperaba sexo como forma de pago y me decía: “yo sé que tú no eres del todo lesbiana”. Me miraba como quien mira una deuda. Yo aguanté porque no tenía a dónde ir. Lo peor es que al principio pensé que por lo menos me había ayudado, pero ¿desde cuándo el techo viene con factura en forma de cuerpo?

He vivido lo que muchas jamás cuentan, he sido abusada, violentada, empujada al borde, y aún así, me he levantado.

¿Sabes cómo se siente la vida a veces? Como si estuvieras por debajo de miles de cuerpos en una fosa común de la que no puedes salir. Y, sin embargo, sigo escribiendo porque quiero que mi historia sea escuchada como los libros de los que tienen nombre, porque yo también tengo algo que decir, y lo digo desde la rabia, desde el hambre, desde el silencio impuesto. Y lo digo por mí y por todas las que como yo no tienen un hogar, solo tránsito, solo espera, solo resistencia.

Sigo soñando con una casa donde no me miren como mercancía; sigo soñando con ver a Janire salir libre y poder abrazarla sin rejas, sin prohibiciones; sigo soñando con papeles que no me digan quién soy, sino que me dejen existir sin pedir permiso. Porque, dime tú ¿en qué momento decidimos que una persona necesita documentos para ser parte del mundo? ¿Desde cuándo la tierra tiene dueños y el aire necesita sellos? Y si la naturaleza no pide pasaporte ¿por qué los humanos sí?

Las fronteras matan, no solo a quienes mueren cruzándolas, matan también a las que se quedan atrapadas entre muros invisibles; matan a las que aman desde lejos, matan la dignidad, el deseo y la libertad.

Pero yo no estoy muerta. Estoy viva y escribo. Escribo para gritar que las mujeres migrantes no somos estadística, sentimos, lloramos, reímos; somos cuerpos, voces, memorias, resistencias. Y aunque este mundo nos niega una dirección, seguiremos rompiendo fronteras con palabras, seguiremos luchando y alzando la voz.

LA MEJOR VERSIÓN DE MI

Yolmari Chirinos Escalona

Alondra es una mujer de profesión docente en educación inicial. En la actualidad tiene cuarenta y tres años. Tiene una hija de veintidós, llamada Estefany, otra de veinte, llamada María Fabiola, y su hijo menor, Santiago que tiene ocho años.

Alondra trabajaba todos los días en su país natal, Venezuela, específicamente en Barquisimeto, Estado Lara. Allí ejercía su profesión diariamente, muy entusiasmada porque consideraba que su trabajo era muy hermoso. Le encantaba hacer, el simple hecho de ver las alegrías de niños y niñas, sus travesuras, ese agrado y felicidad al darle abrazos espontáneos entre juegos y risas. Y así terminaba su jornada laboral.

Luego, al llegar a casa, continuaba con clases particulares a un grupo de cinco niños y niñas todas las tardes, y de esa manera podía obtener un poco más de dinero, debido a que la situación económica del país estaba sumamente fuerte para adquirir productos de la primera necesidad (carnes, harinas, enlatados, aseo personal); a pesar de que su esposo Alexander ya se encontraba en Colombia (Medellín) desde el año 2019 y enviaba dinero mensual para cubrir gastos, no era suficiente.

Él los visitaba anualmente, llegaba los últimos días del mes de diciembre y retornaba la quincena de enero. Compartía al máximo y con mucha alegría de poder estar y disfrutar momentos con su

familia, y cada vez que tenía la oportunidad le proponía a su esposa que se fueran junto con él a Medellín para tener mejores oportunidades de estudios para los hijos y seguir adelante. “Allá van a estar mejor, sobre todo con la atención en la salud”. Nunca dejó de mantener comunicación constante con su esposa e hijos.

A pesar de que Alondra extrañaba ese compartir tan rico de un café recién colado, ese aroma único que atrapa y no te suelta, que solía hacer todas las tardes junto a su esposo luego de llegar ambos de trabajar, acompañado de un rico pan de queso, Catalina, golfeado o un pan de Tunja, (hábito que dejó desde que su amado esposo migró), todas estas cosas no le dejaban de causar ruido en su cabeza. Pero ella no quería dejar su zona de confort, su pequeña casa que con esfuerzo construyó junto a su esposo, ese lugar donde tantas veces hubo risas, llantos, alegrías, tristezas y muchos recuerdos.

Sumado a eso, contaba con el apoyo incondicional de sus padres (mamá y papá), y el estar en otro país era no tener ese apoyo y no ejercer su profesión. Todos los días, antes de dormir, pensaba en esa propuesta que no dejaba de dar vueltas en su mente. Y así transcurrían los días.

Por otra parte, se encontraba Santiago, su hijo menor, el cual anhelaba vivir junto a su papá y no había tenido esa oportunidad como la tuvieron sus hermanas. Él apenas contaba con cuatro años para aquel tiempo. Planeaba e imaginaba cómo sería su vida junto a su papá. Hay que mencionar, además, que mes tras mes, cada vez que Alondra cobraba su quincena, él le decía con palabras textuales “¡mamá, quiero que me compres pollo asado!” A lo que ella le contestaba “te prometo que en lo que pueda, te voy a complacer”.

Con su corazón roto, con esos sentimientos encontrados y ganas de soltar en llanto, se hacía la dura. Ella no contaba con el dinero

suficiente para dicha compra; si lo hacía, dejaba de comprar comida para la casa, por un gusto de un momento. Situaciones como estas la obligaron a tomar la decisión de dejar todo y migrar a un país que no conocía, y con muchas dudas. Su decisión se la hizo saber a su esposo, familiares y amistades; viajaría solamente por tres meses y regresaría a su país.

Informó en su trabajo, en el cual le dijeron que la iban a esperar, que estuviera tranquila. Así fueron pasando los días, las horas y las semanas. Fue preparando todo sigilosamente para la fecha que había cuadrado con su esposo. Llegó el gran día de emprender el viaje a un lugar totalmente desconocido, sin saber que al llegar a Medellín se le abriría un abanico lleno de oportunidades, tanto a ella como a sus hijos.

El 21 de diciembre, fecha del viaje de Alondra junto a su segunda hija María Fabiola, y su hijo menor Santiago, a las 4:30 p.m., fueron acompañados a la terminal de Barquisimeto por sus padres, hermanas y su hija mayor, quien se quedaba allí. Subieron al bus rumbo a San Antonio del Táchira, con lágrimas en los ojos, asustada, con los sentimientos a flor de piel. Y eso que apenas comenzaba una nueva historia.

Dicho recorrido fue largo. A las 3:00 a.m., llegaron a la terminal de San Cristóbal e hicieron transbordo a otro bus que los llevaría a San Antonio. En ese trayecto llegaron como a las 8:00 a.m. De allí caminaron hacia el puente Simón Bolívar, y Alondra les dio la siguiente recomendación a sus hijos: “Ya falta poco, ¡pónganse pilas! Ahora sí llegó lo bueno. Toca pasar el puente. No se separen y agarren bien sus maletas. En nombre de Dios, ¡vamos!” Y así siguieron las instrucciones que les dio Alondra.

Cruzaron la frontera por el puente sin ningún inconveniente. Se comunicaron vía telefónica con Alexander, el cual les giró un

dinero por Efecty y le recomendó a su esposa que con ese dinero comprará un chip para poder mantenerse comunicados, comieran algo y alquilara una habitación para que logran descansar un poco. Él había comprado los pasajes por la línea Omega, pero para las 8:00 p.m., los cuales ella debía retirar en la terminal.

Ella siguió sus instrucciones, retiró el dinero por Efecty y de allí se dirigieron a buscar un hotel a alquilar una habitación por horas. Llegaron, lograron darse un baño para refrescarse del calor tan fuerte que estaba haciendo, ella salió a comprar almuerzo para los tres y luego descansaron un rato en la habitación.

Al llegar las 6:30 p.m., recogieron sus pertenencias y se dirigieron a la terminal. Les dio un poco de susto al abordar el bus. A eso de las 7:30 p.m., casi saliendo, se subió una mujer policía a chequear documentos y observar a los pasajeros que iban. Solicitó documentos a cada pasajero.

Ni sus hijos ni ella tenían documentos que les permitieran salir de manera regular del país, solo cédula venezolana y la partida de nacimiento del niño, por ser menor de edad. Al ver los documentos, la funcionaria le dijo: “¿Sabe que está viajando de manera ilegal? Usted debe hacer solicitud del RUM”. Alondra le contestó: “Desconozco esa información”. Luego de observar los documentos, se los entregó y le dijo: “Pueden seguir adelante con su viaje, pero hagan lo posible por ponerse al día con los documentos respectivos”.

Alondra, al escuchar esas palabras, suspiró y le dio gracias a Dios por permitir continuar con su camino. Luego, al acomodarse bien en sus asientos, su hijo Santiago le dijo: “¡Mamá, esto sí es vida!”

El bus salió del terminal y continuó su viaje vía Medellín. Luego de varias horas en la carretera, hizo una única parada para que todos los pasajeros fueran al baño y comieran algo antes de continuar el viaje. Al bajar del bus, era un lugar tan frío que las bebidas se enfriaban rápido al servir las para su consumo, y aún estando abrigado, se sentía el frío que traspasaba todo lo que pudieran cargar sobre el cuerpo.

A Alondra le dio curiosidad por saber cómo se llamaba el lugar y comenzó a preguntar. Le dijeron que se llamaba Berlín. Luego de 15 a 20 minutos, abordaron nuevamente el bus para continuar el viaje. Aún faltaba camino por recorrer y conocer.

Más o menos a las 9:00 a.m., el bus se detuvo en un lugar llamado Concordia, para que desayunaran quienes quisieran e ir al baño. Alondra se bajó junto a sus hijos a observar el paisaje, y se encontraron con un lugar donde había cardúmenes de peces y un restaurante muy hermoso a la vista, con una atención muy cálida. Allí caminaron un rato, fueron al baño, tomaron chocolate y, nuevamente, se montaron al bus.

Por otra parte, su esposo Alexander se encontraba algo angustiado y, a su vez, emocionado porque ya casi llegarían. Estaba feliz de poder estar junto a su familia en una fecha tan importante como lo son las fechas decembrinas. Tanto así que a cada momento se comunicaba con ella vía telefónica, a pesar de que había momentos en los que se perdía la cobertura. Aún faltaba camino, pero esperaban el maravilloso encuentro.

Momentos después, llegaron al Terminal del Norte a la 1:00 p.m. del 23 de diciembre. Allí los esperaba ansioso su esposo, con una cara de felicidad y llanto por poder abrazarlos a todos y tenerlos junto a él. Se dirigieron hacia el metro para ir al taller donde él trabaja; estaban su jefe y otros compañeros de trabajo, quienes los

recibieron muy amablemente. Incluso estaban realizando un jugoso asado en barril, que junto a ellos terminaron degustando. Pasaron parte de la tarde allí.

A eso de las 6:30 p.m., salieron del taller a esperar el bus 057, que los llevaría al lugar donde habían alquilado el apartamento donde iban a vivir. El barrio se llamaba Bello Oriente, el cual era un lugar muy peculiar, con comercio muy concurrido por personas de afuera y de la misma comunidad, con fundaciones que ofrecen oportunidades de estudios, además de regalar un clima fresco y, en la mayoría de las veces, frío, por encontrarse ubicado en una zona alta.

Alondra, sin darse cuenta, desde ese momento empezó a escribir su nueva historia y la de sus hijos.

Amaneciendo el 24 de diciembre, Alexander le dijo a su esposa: “Vamos al centro para comprar algunas cosas y ropa para ustedes”. Al ir en camino, el trayecto en el bus fue más o menos largo. A la hija le dio mareo e incluso náuseas. Al bajarse del bus, caminaron por una parte del centro de Prado, donde se sentía un olor desagradable a orina y a marihuana, algo totalmente nuevo para Alondra. El olor era tan intenso que le dio dolor de cabeza, náuseas y se mareó un poco. Rato después se le pasó ese malestar. Así realizaron varias compras y se fueron a casa para compartir la cena en familia y recibir al niño Jesús.

El día siguiente, ya 25 de diciembre, el esposo compró unos chorizos y carne para hacer a la parrilla y compartir todos juntos, conversando, escuchando música, y así se pasó el día. Al día siguiente, él debía ir a trabajar. El 28 de diciembre salía de vacaciones hasta el 16 de enero de 2023, fecha en la que debía regresar. Todos esos días estuvieron tranquilos, Alondra y sus hijos descansaban y se adaptaban.

Al llegar el mes de enero, Alondra salió junto a su esposo a caminar por el barrio, y a buscar cupo escolar para el niño. Ella le manifestó: “Recuerda que vengo solo por tres meses”. Él le respondió: “Tranquila, igual vamos a ver qué pasa”.

Al llegar a la institución, los atendieron y le consiguieron el cupo al niño. Días después, se dirigieron a Migración para solicitar el PPT del niño, y ella aprovechó para informarse sobre su situación. Le dijeron que, como tenía pasaporte, podía sellar, aunque se encontrara vencido, para así obtener su permiso.

Luego de esos días, el esposo de Alondra comenzó a trabajar. En esos momentos fue cuando empezó a invadirle la tristeza, la nostalgia, esas ganas inmensas de querer regresar a Venezuela, de extrañar su trabajo, el simple hecho de ser una mujer trabajadora y ama de casa, a ser solamente ama de casa. Esa situación era muy fuerte y, por momentos, rompía en llanto y se repetía una y mil veces: esto no es fácil. El no tener amistades, no poder conversar con otras personas, y a la vez pensaba en sus hijos y se preguntaba cómo se sentirían ellos.

Días después conoció a una señora llamada Luzmila, a través de su esposo. Ella un día llegó a buscarla para ir a la fundación y anotar al niño, y terminó inscribiendo a su hijo Santiago, a su hija María Fabiola y ella también se inscribió en los cursos que estaban ofertando. Alondra estaría en uno que se llamaba *Formación Humana* y las clases eran cada ocho días, específicamente los martes. Al comenzar el curso fue conociendo a personas y anhelaba que llegara nuevamente el martes, porque esa hora y media para ella era lo mejor, ya que era el único espacio que tenía para distraerse. Ese curso, en parte, fortaleció su crecimiento personal. Allí aprovechó para solicitar un permiso para vender salpicón en las áreas de afuera, y así se fue dando a conocer.

Los conocidos, la comenzaron a invitar a asistir a talleres, y así poco a poco fue saliendo de su casa socializando más. Tiempo después dejó de vender salpicón porque aparentemente se enfermó, así que le tocó medicarse, se hizo un tratamiento y mejoró.

Para el mes de mayo tuvo que viajar a Cúcuta, ir y volver para sellar el pasaporte que tenía vencido, ya que había una ley que aplicaba únicamente para Colombia, “toda persona con su pasaporte vencido hasta diez años se lo sellaban si ingresaba antes del 28 de mayo del respectivo año para poder obtener su PPT”, y de esa manera obtuvo su regularización, la pudieron afiliarse a una EPS.

Para finales de septiembre de ese mismo año tuvo que viajar nuevamente a Cúcuta, pero esta vez a buscar a su hija mayor Estefany, que venía a vivir en Medellín y se encontraba con siete meses de embarazo. También traía al perro que tenían desde cachorro. Llegaron a Medellín y la familia estaba prácticamente completa, faltaba solo el nuevo miembro que estaba por nacer.

Fueron pasando los días, los meses, y cada día era diferente, había algo nuevo por conocer y por aprender. Días después de haber llegado, su hija se dirigió en compañía de su mamá al Centro de Intégrate, donde ambas tuvieron asesoría con un abogado en la parte de educación.

Para el mes de diciembre, Alondra recibió una llamada donde le dijeron que había sido seleccionada para participar en un taller de cinco días en la Escuela Inclusión, donde iban a poder obtener emprendimiento o conseguir un trabajo. Ella participó, allá le realizaron la hoja de vida y la ubicaron para una entrevista de trabajo en Itagüí, en unas bodegas de una reconocida empresa, pasó *el primer filtro* y quedó para el segundo, el cual también pasó sin problema. Luego le mandaron a realizar los exámenes pertinentes y

la firma de contrato. Ella se encontraba súper emocionada porque iba a comenzar a trabajar el 2 de enero.

Por otra parte, ya había nacido su nieto el 15 de diciembre de ese año. Ella tenía muchas emociones juntas: por trabajar y porque ya era abuela.

Con respecto a la hija María Fabiola, también se incorporó a la fundación para continuar con sus estudios de música. Allí conoció a una persona que se le hizo su amigo y le ayudó a incursionar como guía turística en caminatas todos los fines de semana. Es decir, ya la vida estaba dando un gran cambio para el bienestar de todos.

Para comenzar el mes de enero del 2024, Alondra comenzó a trabajar en un restaurante. Allí entró con contrato temporal. Fue una experiencia nueva, ya que nunca había trabajado en restaurantes. Allí tuvo compañeros venezolanos y colombianos, pero hubo algo muy particular, teniendo dos meses y medio, la llamaron para que llevara nuevamente los documentos a las oficinas y otros documentos para optar por ser personal fijo y realizarse los exámenes de rutina. Ella lo hizo, pero al ser evaluada por la doctora, la trató muy mal. Desde ese momento, presintió que no iba a continuar trabajando, y así fue.

Días después recibió una llamada donde fue notificada que ya no continuaría trabajando y tampoco podía optar a trabajar jamás en esas empresas. Preguntó cuál era el motivo y le informaron que la empresa se reservaba esa información. Eso, para ella, fue una gran decepción y la afectó mucho. Pero luego lo vio desde otro punto de vista, iba a tener tiempo para estar con su familia, ya que cuando trabajaba no tenía ese espacio.

Su hijo menor, al saber que estaba sin trabajar, le expresó un día: “Gracias a Dios te echaron de ese trabajo para que estés conmigo”. Ella sonrió y le exclamó: “Siempre voy a tener tiempo para ti”.

Luego de ese proceso, continuó realizando cursos de confecciones y sistemas en computación. Tuvo la gran dicha de vender tortas y quesillo por raciones, hechas por ella durante un buen tiempo y por encargo. Después, una persona le hizo una invitación a un taller de procesos de migración con una profesora de la Universidad de Antioquia. Fue por cuatro meses, y allí conoció a varias mujeres.

Pasó un tiempo y en 2024, comenzó a asistir a *Caminante, si hay camino*, un espacio para hacer escucha emocional a mujeres. Allí tuvo el placer de conocer a personas muy especiales, y actualmente está realizando un proceso más profundo para ser *Caracola*¹. Allí ha conocido a muchas mujeres migrantes venezolanas con historias diferentes, unas con procesos más difíciles que otras, pero con algo en común: son mujeres, pertenecen al mismo país y tienen el deseo de volver a su gran Venezuela.

Actualmente trabaja en casa con refuerzos académicos y se siente muy bien.

Hoy relata esta gran historia de una mujer que quizás, al igual que muchas otras, tuvo miedo al salir de su zona de confort y un día se atrevió a dar ese gran giro, sin saber todo lo hermoso que iba a tener en otro país. A pesar de extrañar a su gente, esto le ha dado la oportunidad de crecer cada día más y lograr todo lo que se propone.

Nunca dejes de luchar por lo que deseas y siempre deja los miedos a un lado.

¹ Se le denomina Caracolas a las mujeres que han participado de un proceso de entrenamiento pedagógico para la escucha de otras mujeres migrantes del Proyecto Caminantes si Hay Camino. Caracola es un personaje que potencia la escucha, del Álbum Brujas, duendes y hadas de la Corporación Educativa Combos.

MIS ETAPAS DE MIGRACIÓN

Seudónimo Amada por Dios

Mi nombre es Mirian del Carmen Barreto Meza, venezolana. Nací el 25 de abril del año 1966 en Barquisimeto, estado Lara. Mis primeros años de vida los viví entre los estados Lara y Zulia.

Soy hija de Antonio Ramón Barreto (fallecido) y de Ana Pastora Meza. Soy la hija número uno de diez hermanos. Mi infancia la describo como una etapa muy feliz, a pesar de las vicisitudes que enfrentamos en nuestra vida.

Estudí la primaria en un barrio llamado Yacural, un pueblo hermoso perteneciente a la parroquia Santa Rosa. Una vez que culminé la primaria, ingresé a la Academia Andrés Bello, donde realicé un curso de Secretariado ejecutivo por dieciocho meses, motivada por la necesidad de capacitarme rápidamente e incorporarme al medio laboral.

En efecto, el 1 de abril del año 1988, quedé adscrita al Ministerio de Sanidad, hoy Ministerio del Poder Popular para la Salud (MPPS), en un ambulatorio ubicado en Cabudare, municipio Palavecino de la ciudad. En este centro de salud trabajé treinta años, hasta recibir la jubilación correspondiente.

Mi familia

Mi primera hija Marian, nació en el año 1989, años después en 1997 mi segunda hija Arianne, su padre Argenis Salazar; crecieron,

estudiaron y tuvieron sus hijos Ismael, Valeria, Ruth y Axel; mi razón de ser, mi familia.

Sucesos que transformaron nuestras vidas

En el año 1999, se produjo un cambio político, que al pasar el tiempo marcaría significativamente el destino de nuestras vidas como ciudadanos libres, independientes, autónomos; siendo empleada pública, nos tocaron de cerca las transiciones del sistema, en este caso en la parte laboral del Ministerio de Salud; independientemente de las autoridades de turno, nos correspondió trabajar de acuerdo a los manuales establecidos, a pesar de las situaciones antagónicas que pudieran suscitarse en el medio, que perjudicaran o interfirieran con nuestro modo personal; es decir con nuestros pensamientos e ideales.

En 2018, la situación era insostenible en el país, la crisis era inminente en todo los aspectos, tanto en lo social, político, económico, y en el sistema judicial, influyendo drásticamente en nuestra vida personal, en el poder de decisión, en nuestra libertades, en el derecho a vivir en prosperidad de acuerdo a nuestras capacidades de desarrollo, no importaba el nivel de preparación, literalmente fuimos obligados a vivir con lo poco o con lo mucho, desde el humilde que no tenía un trabajo, el obrero, el profesional; ya no había distinción de clases, en el mejor sentido; estudios, informes y opiniones, decían que la clase media había desaparecido.

En cada hogar la preocupación inmediata era sobrevivir, no solo importaba “alimentarnos”, también era tener los servicios básicos: servicio eléctrico, agua potable, gas doméstico y dinero en efectivo; las colas en los bancos eran eternas, para poder tener un poco de dinero, colas para la gasolina, para equipar el transporte público y privado, vivimos situaciones humillantes, pero lo más doloroso fue que el sistema nos separó como familia, hermanos que no se

hablaban por divisiones políticas, hasta llegar a la separación por la distancia.

En el 2010 la migración alcanzó un auge significativo, debo decir que todavía en estos momentos, no pensé que este fenómeno llegara a mi hogar, devengaba un salario, al igual que mi esposo y mi hija, y aunque recibimos la ayuda de mi otra hija, no era suficiente.

La primera migración la viví a través de mi hija

La viví, la sufrí con mi hija mayor y mi nieta, de apenas cinco años; aunque mi hija ya se había independizado, vivía en otra región a ocho horas, y un día me llamó para comunicarme sobre la decisión de emigrar hacia el país vecino, Colombia. Mi reacción fue tratar de que desistiera, pero a pesar de los argumentos por parecerme peligroso y mis preguntas de cuándo nos volveríamos a ver, por qué tan lejos y cómo iba a hacer con la niña para trabajar, estaba decidido, y con oraciones confiando plenamente en Dios, mi hija y mi nieta se fueron.

Tuve sentimientos encontrados de miedo, preocupaciones, angustia, tristeza, luego tranquilidad al saber que el viaje había sido sin contratiempos; le agradecí a Dios su llegada a Cúcuta, donde trabajó y permaneció un tiempo para luego migrar a otro municipio de Colombia, llamado Enterríos, donde se estableció.

Entretanto, en Venezuela la situación cada día se complicaba; era evidente el deterioro. No solo el dinero no alcanzaba, también era difícil tener atención médica oportuna y adquirir los medicamentos. La paz, la tranquilidad se nos escapó de las manos. El esfuerzo y trabajo durante años, no valía. Una frase que se hizo eco “éramos felices y no lo sabíamos”, se oyó tanto hasta convertirse en una consigna de protesta.

Sin embargo, las diferencias políticas también existían. Eran inminentes las confrontaciones entre la gente. También hubo otras consignas propias del régimen, además de negar la situación, justificar o culpar al otro. Sin duda, el país estaba dividido en dos formas de pensar, pero no de vivir, porque todos sufrimos el mismo declive. Dos formas de ver la situación de conformidad, miedo o indiferencia.

También los enfrentamientos para defender los derechos humanos consagrados de acuerdo con la Constitución que rige en el país. Todos los derechos vulnerados, como la libertad de expresión, a la protesta. El país buscó la forma de hacerse sentir. Las necesidades eran superiores, la escasez de alimentos, gasolina, dinero en efectivo para un transporte, las persecuciones a las disidencias políticas y a todos los que adversamos al régimen.

Por segunda vez me tocó vivir la migración con mi hija menor y mis otros nietos

Esta vez fue mi segunda hija, Arianne y mis tres nietos. Con la idea de mi hija mayor, dadas las circunstancias, se planteó la posibilidad de que Arianne también se fuera del país, donde sería recibida por su hermana. Fue muy doloroso aceptar y apoyar a la vez la migración impuesta, pero era ineludible. La situación obligaba; me tocó respaldar y ultimar los detalles para que todo saliera bien.

A pesar del miedo y la angustia, me tranquilizaba saber que mi hija sería acompañada hasta Cúcuta por su papá; luego de ahí, ella viajaría a Entreríos y su papá regresaría. Así fue. Ese día los acompañé hasta la terminal, entre lágrimas, impotencia, rabia... Sí, rabia contra todos. En ese momento sentía que era la única que estaba pasando por esa situación.

Aunque en la terminal me tocó consolar a un niño de aproximadamente nueve años, quien lloraba desconsolado, me acerqué y le pregunté a quién despedía, y llorando me dijo: “a mi hermano, su esposa e hijo”. Me di cuenta de que no era la única, me llené de valor y mucha fe. Lo importante era que mi hija y nietos llegaran bien a donde su hermana; después sería cuestión de comunicarnos y orar mucho, para que todo fluyera positivamente.

En efecto, llegaron con bien al destino pactado. Igualmente, su papá llegó a la casa con una compra de alimentos, aprovechando el viaje; mi hija nos había enviado dinero extra para tal fin.

Transcurrieron los días, meses y años. Nos comunicábamos por videollamada; cada evento, cumpleaños, graduación, paseos, nos los hacíamos llegar por las redes. Ese tiempo se volvió lo más importante para nosotros, para que los días no fueran tan dolorosos.

Comencé a hacer un curso de repostería, el cual no logré terminar por la pandemia del COVID. Después de un tiempo, mi cuñado retornó a Venezuela, ya que tenía un tiempo en Colombia. Su regreso era momentáneo, porque su pensamiento era devolverse, pero esta vez con el resto de la familia; es decir, mi hermana y sus dos hijos, porque sus hijos mayores tenían tiempo en el país vecino. Era un hecho que se irían.

Mientras tanto, yo permanecía a la espera de lo que dijera mi hija. Pero para mí era casi imposible emigrar por muchos factores: la casa, el trabajo de mi esposo, mi mamá y mis otros hermanos, también la familia de mi esposo; eran muchos motivos en contra.

Mi hija constantemente me decía: “¡mamá, pronto nos veremos!”

Tercera migración: esta vez fuimos mi esposo, mí mamá, mi hermana con su familia y yo

Un sábado coincidí con mi cuñado en un mercado popular, reconocido por todos los habitantes de Barquisimeto y sus adyacencias como la Feria de las Hortalizas. En conversación con mi cuñado, me pregunta “¿por qué no aprovechas el viaje con nosotros? Ves a tus hijas y nietos, es cuestión de ver la posibilidad de hacer vida allá. Ya aquí no se puede vivir”.

No recuerdo mi respuesta a dicha propuesta. Supongo que le dije que no era fácil tomar esa decisión. Ese día era una mañana fría, aún lloviznaba; miré hacia la montaña, pensando en esa idea de irme. Recuerdo que después que mi cuñado se fue, le comenté a una chica que estaba en la cola sobre lo que me había dicho Juan, el esposo de mi hermana. Ella me dijo: “Bueno, evalúe si es posible” Apenas pude, les comenté a mis hijas y a mi hermana. Enseguida mis hijas me dijeron: “¡Sí, mamá, acepta!”

Mi cuñado había recibido el pago de los años de su trabajo. Cuando hablamos, también me dijo que me prestaría el dinero para viajar. Mi cuñado, junto a su familia, se iría en dos semanas, o sea, tenía poco tiempo para decidirme y ultimar los detalles. Así fue.

Lo más difícil era que mi esposo estuviera de acuerdo. Claro, él quería, lógicamente, ver a sus hijas y nietos. También teníamos que conseguir a alguien de confianza que cuidara la casa, hablar con la demás familia... Todo fluyó satisfactoriamente, y el 2 de septiembre del 2020 partimos al encuentro con mis hijas y nietos. Fue un viaje emocionante. Yo venía muy feliz. Disfruté mucho el viaje. Además, lo vi al principio como un encuentro, un paseo, porque el viaje era por seis meses.

El 5 de septiembre llegamos, sin contratiempos a Medellín y luego al barrio Santa Rita en Bello, a casa de mi sobrino. Después

de tres días, me reencontré con mis hijas y nietos. Fue un día feliz, maravilloso. Lo recuerdo como hoy. Mi hija menor, ese mismo día, se vino a vivir con nosotros. Ya teníamos un arriendo cerca de la casa de mi sobrino.

En esa casa viví por casi cinco años. Agradezco mucho a los dueños, fueron muy amables y caritativos. Hasta hace un mes, nos mudamos a una casa, ya que donde llegamos al principio ya era un lugar muy pequeño para nosotros. Mis nietos son más grandes y requieren un ambiente más espacioso.

Vivimos momentos agradables desde que llegamos. En honor a la verdad, nos hemos sentido acompañados y apoyados por mis hijas. Hemos solucionado, gracias a Dios. En lo personal, me encargo de cuidar a mis nietos mientras mi hija y mi esposo trabajan. También contamos con el apoyo de mi hija Marian.

Tengo que mencionar también el apoyo recibido, cuando llegamos hace cuatro años, de mi sobrino y su esposa. Pienso que la manera de salir adelante es mediante la fe, el trabajo, el estudio u oficio, y, sobre todo, el respeto mutuo, la convivencia, la solidaridad, el respeto de los derechos humanos en cualquier parte del mundo.

Muy agradecida con este país que nos acogió, con las personas que hemos conocido. Algunas veces observo a las personas, el ir y venir de todos los días. Somos iguales, en lucha por un porvenir mejor, por cuidar a nuestras familias, por resolver conflictos, problemas cotidianos, y en crecer cada día en superación.

En cuestiones de salud, hemos hecho lo correspondiente. Mi mamá fue operada, y eso lo agradezco mucho. También mi agradecimiento para la organización Combos y todo su equipo,

grandes personas con una calidad humana y mística de trabajo en pro del migrante.

Mis planes continúan firmes, aunque algunas veces me agobia pensar si algún día regresaremos. A veces afronto ciertos reclamos, ya que tenemos personas que nos esperan en Venezuela. También sé que sentiría nostalgia al irme de este país. Solo me conforta pedir a Dios el control de todo.

¡Gracias, Colombia, por todo lo vivido en esta tierra!

POR AMOR

Omaira Barreto

Mi nombre es Omaira Barreto. *Por amor*, así se llama mi historia de migración porque fue por amor a mis seres queridos que acepté y tomé esta difícil y contundente decisión. No puedo hablar del después de emigrar si no hablo del antes y el porqué lo hice.

La crisis económica y política en mi país iba en ascenso y descenso y variaba constantemente, intentamos mantenernos a flote en esa lucha por sobrevivir sin todavía toparnos con la idea de dejar el país, salir a la calle, ver las infinitas filas de carros esperando para surtir de gasolina, personas durmiendo dentro de los autos, un ambiente pesado como de que algo malo pasaría en cualquier momento; el miedo me invadía, llegar a la casa con lo poco que se conseguía por la escasez de los productos de primera necesidad, cortes de luz cuatro horas diariamente, cuando se iba en la noche nos atacaba el calor y las plagas, eran cuatro horas torturantes para todos; días sin agua, hasta quince o más; al escuchar “esta semana llega el gas” era como un milagro y música para mis oídos. Cuando no se tenía gas había que cocinar con leña.

La educación de mis hijos pasó de ser de toda la semana a dos veces por semana por la falta de presupuesto de cada estado; luchamos así, fue algo muy triste después de ser una familia económicamente estable con algunos privilegios como comer bien a pasar días de no tener nada que darles a mis hijos. Algunos vecinos

nos colaboraban con arroz, caraotas², pan y le dábamos a los muchachos, nunca me olvidaré de mis vecinos que eran solidarios.

Con todo esto llegó también mi enfermedad, me invadió la angustia, el miedo por no saber qué me estaba pasando; los médicos no daban un diagnóstico claro, me hacían exámenes y todo salía bien y cada vez me sentía peor, hasta que esto tuvo el nombre de depresión, una enfermedad que me comenzó a consumir, me hacía sentir culpable sin serlo, incapaz, me dolían alma y cuerpo, se me quitó la alegría, el llanto, el sueño y las ganas de vivir.

Sobreviví a esta enfermedad también por amor, porque con la ayuda de Dios la enfrenté hasta vencerla, luché contra ella por mi familia porque por mi mente pasaba que si yo moría qué sería de mis hijos.

Mi hijo mayor fue el primero en migrar, luego mi esposo por la situación decide también hacerlo, mi hijo llega a Colombia, Medellín y nos abre ese camino. Primero mi esposo viaja solo y me quedo en Venezuela con mis otros hijos; fue muy duro para mí porque tenía las secuelas de la depresión y me tocó ser muy valiente por mis hijos. A los cuatro meses mi esposo regresa a Venezuela a renunciar a la empresa en la que trabajó por veintiséis años. Con lo que le dieron de arreglo tratamos de montar una tienda, pero la inflación era feroz y todo se lo devoraba, con los que nos quedó del arreglo decidimos que lo mejor era vender lo que habíamos comprado para la tienda y eso hicimos.

Sentía incertidumbre y tristeza, comenzamos a planificar el viaje y llegó el momento de decirle a mis hijos que lo mejor era irnos; fue un momento complicado porque uno de ellos no estaba de acuerdo, estaba tan aferrado a sus amigos, a la casa, que no quería dejar su vida. Ya habíamos fijado la fecha para viajar el 2 de noviembre del

² Un tipo de frijol negro, muy usado en la gastronomía venezolana.

2020; mi hijo buscando la forma de quedarse decía que lo dejáramos pasar la Navidad y en enero nos podíamos ir, por supuesto eso era algo imposible porque sabíamos que una vez que saliéramos no era fácil volver al país, no era un viaje de paseo, era comenzar una nueva vida.

Recuerdo que días antes del 2 de noviembre del 2020 organicé mi casa, en mi cuarto guardé las cosas que consideraba de utilidad, llena de nostalgia y melancolía pensando: “esto es real esto en realidad está pasando”, lidiando con lo que mis hijos sentían también y diciéndoles que era lo mejor para todos.

Entre el 31 de octubre y 1 de noviembre me dediqué a limpiar bien la casa dejando todo en su lugar. Esa noche no dormí y por supuesto no me sentía bien. A las 4:00 a.m., del día 2 de noviembre los desperté a todos, preparados con un morral para cada uno, con las cosas esenciales para el viaje, dos mudas de ropa y cosas personales, yo aún con ciertas secuelas que me dejó la depresión trataba de aparentar que todo estaba bien para no interrumpir el avance del viaje. A las 5:00 a.m., partimos mi esposo, mis hijos, mi mamá, mi hermana y mi cuñado y yo; en el transcurso de mi casa al terminal tenía miedo, angustia, me temblaban las manos y sentía un desvanecimiento en mis piernas, mi corazón acelerado, con taquicardia, secuelas de la enfermedad y agudizado por no haber dormido en la noche.

Pasamos por el hospital central de Barquisimeto y casi que digo “lo siento déjenme aquí no voy a poder seguir, no me siento bien” pero no lo hice. Llegamos al terminal y todo era tan informal, había autobuses expresos que salían de la parte de fuera del terminal hasta San Antonio, no se pagaron los pasajes en la taquilla del terminal sino directo con el chofer antes de abordar el autobús; salimos como a las 9:00 del terminal de Barquisimeto. Por mi mente pasaban todo

tipo de pensamientos, si estábamos haciendo lo mejor, qué iba a pasar, qué nos esperaba en el transcurso del viaje.

Nos dijeron que si nos paraban en alguna alcabala y nos preguntaban hacia dónde nos dirigíamos dijéramos que a Táchira. El bus paró en algunos lugares imprevistos como una zona solitaria llena de monte para hacer las necesidades, estaba asustada, mujeres y niños por un lado y hombres por el otro. Entre nosotras nos cuidábamos, fueron horas de recorrido con varias alertas de alcabalas, pero ya eso estaba arreglado, porque nos paraban, revisaban lentamente y nos dejaban seguir.

Llegamos al Táchira y bajamos del autobús, no entendía qué pasaba. Ya casi anochece, nos pusieron en fila y le pregunté a mi esposo qué pasaba, y me dijo que estuviera tranquila. Al rato alguien se acerca y nos dice que van a venir unos carros a llevarnos a un hotel, yo estaba más confundida y asustada, esto podía ser un secuestro o algo así o nos querían robar; esperamos un rato y llegaron los carros, nos montamos y nos llevaron a un hotel, era bonito, limpio y las camas cómodas, nos duchamos y comimos unas hamburguesas (tenía mucho tiempo que no comía hamburguesas), y a dormir, gracias a Dios pude descansar.

Ya más calmada pude disfrutar un poco más semejante aventura. A las 5:00 a.m., del día 4 de noviembre nos recogen en el hotel y nos llevan a la frontera con Colombia, ahí los rumores eran que teníamos que pasar por la trocha, porque el paso por el puente estaba cerrado; comenzamos a caminar y caminar, estaba preocupada y con miedo por lo que se escuchaba del paso por la trocha, que había que pagar y que no se debe mirar mucho a los que están ahí encargados.

Mi esposo fue el mediador pagó cierta cantidad y casi me da algo cuando nos piden los bolsos de cada uno y los meten en un costal; comienza la caminata que es rápida y detrás de quien llevaba el

costal con nuestros bolsos. El lugar era como un laberinto estrecho con caminos de tierra y casas improvisadas a los lados, ahí estaba asustada y pendiente que el que llevaba el costal, no se fuera a volar con nuestras cosas. Llegamos a la muy mencionada trocha y fue peor, cada bolso fue puesto en una mesa y revisado y esas personas tenían cara de muy pocos amigos, nos entregaron los bolsos y ahí comienza el paso por la trocha; pasos muy estrechos, cruzamos como un riachuelo con tablas puestas como para no mojarnos y las mujeres y niños ayudados por los encargados de ahí, al pasar nos dijeron: “hasta aquí llegamos, ya están en Cúcuta.”

Eran las 9:30 a.m., cuando pasamos de la trocha a Cúcuta, un lugar con mucho movimiento de personas. Me llamó la atención que algunas personas llevaban costales grandes, y mi esposo me explicó que era mercancía o comida. Caminamos un rato y llegamos al terminal de Cúcuta, desayunamos, había gran variedad de comida típica de Colombia como las papas rellenas, yo pedí una y un café con leche, aquí se le llama perico, fue cómico porque en Venezuela el perico es huevo revuelto. Después de desayunar compramos los pasajes hacia Medellín, caminamos un rato, era a la vez emocionante, el bus salía a la 1:30 p.m. del terminal, entonces, a las 12:00 m. almorzamos un pollo y medio con papitas fritas; también tenía mucho tiempo que no comía pollo asado. Duramos un buen rato esperando hasta que se llegó la hora de montarnos en el bus hacia Medellín, continuó el viaje, era el 4 de noviembre del 2020.

Me sentía más tranquila y feliz, miraba por la ventana el hermoso paisaje, mucha llanura y animales, vacas, toros, estaba emocionada, después de quince horas de viaje con dos o tres paradas para ir al baño o comer. Llegamos a las 6:30 a.m., al terminal del Norte, el 5 de noviembre; nos bajamos y rápidamente nos montamos en unos taxis amarillos, eran dos porque éramos siete personas. Mi esposo como ya sabía llegar era quien dirigía el recorrido, llegamos a Zamora, Santa Rita.

Donde vivía mi hijo con su esposa y mi nieto fue muy emotivo el encuentro, nos abrazamos, lloramos, tres años sin ver a mi hijo y mi nieto. Mi esposo llevaba algo de dinero por haber renunciado a su trabajo, hicimos mercado. Al ir a la tienda para mí era un supermercado; ver que había de todo me dio tranquilidad ya que en Venezuela la escasez era lo común, hicimos cena para todos; sentía mucho frío, estaba lloviendo, me bañé. Confieso que sufrí porque el agua me pareció muy fría, y todavía casi cinco años después, no me acostumbro. Nos acostamos a dormir entre un cuarto y sala en el piso ya que éramos muchos. Al otro día salimos a buscar dónde arrendar nosotros por un lado y mi hermana y esposo por el otro; el mismo día encontramos, mi hijo nos tenía colchonetas y algunas cosas.

En este lugar que quedaba como en un sótano, había una cocina de mesa y gas por tubería, poco a poco fuimos comprando cositas, en la noche salimos. Mi hijo nos llevó, yo estaba asombrada, asustada y lo agarraba fuerte; él me dijo “mamá, tranquila”. Nunca en mi vida había visto tantas motos y la forma como manejan, aunque ya sé que para los que viven en Medellín es normal; me ha costado un poco adaptarme. En esta semana comenzamos a buscar colegio para décimo y sexto sin correr con suerte ya que en algunos colegios estaban terminando el año y no nos daban mucha información, sino que había que esperar hasta comienzos del año.

Mi esposo tenía una idea de montar una chatarrería, pero se fue dando cuenta de que no era tan fácil, estuvo trabajando de manera informal y fuimos gastando el dinero de su liquidación; pasamos Navidad en familia y en enero nos mudamos para el Popular 2; comenzó la lucha por el cupo de los muchachos, ya había escuchado que bajaban un año si los documentos de Venezuela no estaban apostillados y sentí frustración.

En algunos colegios la atención era poco receptiva, seguí buscando hasta que en un colegio me atendieron, el resultado hubiera sido diferente, me dieron esperanza pero me hicieron algunas preguntas como que si mis hijos sabían leer y escribir; me sentí un poco indignada, por supuesto respondí, ellos tan responsables y juiciosos en sus estudios; me dijeron que mi hijo tenía que hacer noveno; es decir, repetir el grado que ya había hecho en Venezuela y validar algunos años como quinto grado, sexto, séptimo y octavo. Fue difícil tener que decirle eso a mi hijo, ver su frustración tener que hacer todo eso para poder graduarse de bachiller aquí y no pudo hacer media técnica porque el PPT estaba en proceso, no tenía Sisbén ni EPS, requisito que el Sena exige.

Intenté varias cosas como un derecho de petición que no tuvo ningún resultado positivo, solo nos quedó la resignación; mi hijo hizo todo eso y se logró graduar de bachiller. A mi hijo menor no le bajaron año, comenzó el sexto grado, en la actualidad cursa décimo, pero sí validó quinto grado. Él sí está haciendo media técnica sin problema.

En enero del 2024 nos mudamos para Popular 1, y mi hijo menor tenía que hacer cambio de colegio. Un día muy temprano haciendo fila en un colegio buscándole el cupo escuché decir a una persona que los venezolanos veníamos a quitarle los beneficios a los niños colombianos; eso me dolió, no dije nada, sé que la ignorancia y la xenofobia existen, así como hay personas muy buenas y amables también hay personas egoístas y con falta de sensibilidad.

La situación económica de mi familia no ha sido fácil, yo soy modista y trabajo en mi casa, pero no me da para colaborar mucho; mi esposo es jardinero, pero también ha pasado por muchas dificultades, pero solo él puede contar y ya esa sería otra gran historia. Comenzar desde cero después de haber tenido una vida encaminada es difícil, más cuando se tiene una cierta edad como es

nuestro caso, pero aún así nuestro plan es establecernos aquí en Colombia porque a pesar de que no ha sido fácil siento que mi familia puede tener oportunidades en este país.

Estoy clara de que hay venezolanos que han hecho cosas muy malas y han dañado la imagen de los demás venezolanos que solo desean hacer las cosas bien, como es nuestro caso, ya que solo queremos luchar por una mejor vida y aportar cosas buenas a este país; como dice un dicho “los buenos somos más”. Me siento agradecida con Colombia, Medellín, con las personas amables y buenas, con las diferentes organizaciones que apoyan a los migrantes y trabajan para su inserción en este país, por sus derechos. A la Corporación Educativa Combos porque con el trabajo que realizan para la integración de las mujeres y niñas nos dan visibilidad, acompañamiento, y nos instruyen y nos dicen no estamos solas, no me queda otra cosa que decir sino gracias.

HISTORIA

Seudónimo Corazón de Girasol

Un día mi esposo me llama como todas las tardes al llegar del trabajo; él vivía en Colombia, tenía un año radicado en ese país, con un buen trabajo y estabilidad, y me dice “Onifer necesito que te vengas con los niños a Colombia, ya yo no puedo estar más solo; estoy muy cansado de estar solo, necesito que estén conmigo, me siento solo”. Viendo la situación, enseguida le dije que no, que yo no viajaba, que no quería viajar.

Pasaron los días, mi madre me dijo “Ony, tus niños están enfermos, no comen bien, no viven bien, tienes que pensar en el futuro, aquí nunca hay agua, nunca hay luz, no hay comida, no pienses en ti, piensa en tus niños”, eso me marcó.

Tenía miedo de dejar a mi familia, a mi padre que tanto amaba, a mis hermanos, pero mi mamá tenía razón, tenía que pensar en el bienestar de mis hijos. Un día muy temprano desperté pensando en la posibilidad de ir con mi esposo, reunir mi familia, la que estaba perdiendo ya que mi esposo me decía que se sentía solo viendo toda la situación económica que teníamos.

Decidí venir a Colombia; en Venezuela no había gasolina, no había transporte, viajamos de carro en carro, de camión en camión, hasta que llegamos a Cúcuta, pasamos mucho trabajo, pero finalmente agarré el autobús, muy triste, vía Medellín. Mi esposo me llamó me dijo que me esperaban en el terminal del Norte en Medellín, yo iba sin saber para dónde y le pregunté al conductor si llegaba hasta allá. En ese autobús me monté llena de miedo, sin

saber si mi esposo de verdad me iba a buscar o no; tenía muchas inseguridades. Llegué al terminal, mis hijos bajaron del autobús primero que yo y vieron a su padre, lo abrazaban, lloraban y reían; yo confundida lo vi y sentí que ya no era mi esposo, no era el mismo hombre que había salido de Venezuela, tenía miedo.

Nos invitó a almorzar en un restaurante, mientras comíamos, llorábamos y hablábamos; yo lo miraba, no era el mismo, se veía un hombre más organizado, más guapo, más joven, más realizado, yo me sentía muy incómoda, pero mis niños estaban felices y era lo que me importaba. Tomamos un taxi y nos venimos hacia la casa que había alquilado, una casa vacía sin nada adentro. Él vivía cerca, la alquiló para nosotros, trajo las pocas cosas que tenía, esa noche fue la peor noche de mi vida, me sentí muy triste de haber dejado a mi padre y a mi madre para venir a vivir en una casa vacía, sin nada, solo un colchón individual que tenía en el piso mi esposo, yo había traído unas cobijas, le hice una cama a los niños los abrigué y dormí con ellos.

Al haber dejado mi casa, mi cama, mis comodidades, mi casa llena de todo y cerrada y llegar a una casa sin nada, con un colchón en el piso, me sentía mal, pero no decía nada porque la alegría de mis hijos en ese momento era lo más importante. Al siguiente día en la mañana mi esposo salió a comprar el desayuno, con mi hijo mayor que tenía aproximadamente nueve años, pero llegaron con desayuno y con cocina, con bombona³, con mercado, platos, cucharas, vasos, lo esencial; esto me dio mucha alegría.

Esa quincena mi esposo la esperaba con mucha ansia, compró unas camas de madera bellas, cobijas, sábanas, un televisor, me quedé sorprendida, yo le pregunté si le alcanzaba para todo eso la quincena y me respondió que sí. Él tenía un amigo y le regalaron unos juguetes, la casa ya no estaba vacía, estaba llena de mucho

³ *Bombona es una palabra usada en Venezuela para nombrar la pipeta de gas.*

amor y también de mucha tristeza a la vez; las cosas materiales estaban, pero mi corazón seguía vacío con mucha nostalgia, sentía como si se me hubiese acabado un mundo, pero empecé otro.

Los vecinos preguntaban por mí siempre, veían a mi esposo y a los niños, pero a mí no, yo permanecía encerrada, no quería hablar con nadie, tuve aproximadamente tres meses mal. Un día salí al frente de la casa donde vivía, una vecina se acercó y me saludó. Yo quería conocerla, entonces empezamos a tener una conversación amena; me preguntaba y escuchaba mi historia, lo que hacía en Venezuela, le conté que era administradora de la empresa de mi padre y trabajaba en la alcaldía del municipio donde vivía, le conté todo lo que pasaba allá, que no había agua, que no había luz, que había plata, pero no había qué comprar, no había comida y por eso me había venido. Ella me dijo “A su esposo yo lo conozco, lo veo siempre subir para arriba, un hombre muy juicioso, muy educado”.

Mi esposo trabajaba de lunes a lunes, empezó a trabajar muy fuerte más de lo que trabajaba porque ahora tenía más obligaciones. Yo me sentía mal sin hacer nada, me sentía incompleta sin poder trabajar; la vecina me dijo que quería hacer tortas, pero no sabía, yo le comenté que yo hacía tortas en Venezuela, bueno, más que todo mi mamá, pero aprendí con ella, que si quería la ayudaba. Me pasó el material, hice la torta, ella quedó muy feliz, el horno era de ella y me lo regaló y siempre hacía tortas y le pasaba a ella, a los vecinos y fui desenvolviéndome con los vecinos, hablando.

Más adelante vi una oportunidad de hacer tortas y venderlas, lo hice con mucho amor. Salí a vender por las calles mientras que mi esposo trabajaba, lo hacía antes que llegara porque se ponía bravo, pero yo me sentía útil, hacía algo. Los niños empezaron a estudiar en la escuela, empecé a conocer gente, a tener más amigas, más vecinas, las profesoras de la escuela querían mucho a mis hijos y yo a ellas, eran muy especiales; me encargaban torta y yo hacía tortas

en ese hornito, me sentía más contenta a pesar de que sufría mucho porque mis padres estaban en Venezuela; todo el dinero que hacía con las tortas se los enviaba a ellos para que comieran, para que compraran el agua, para que saciaran las necesidades primordialmente; pasaron los años y yo me enfraqué en trabajar por ello, una forma de ayudarles.

Cuando empezó la pandemia llegó mi hermano de Venezuela, venía con muchas ganas de trabajar, él veía que la plata rendía más que en Venezuela, en mi país no había nada. Él tiene una niña especial, tiene hidrocefalia congénita con una discapacidad muy grave, pero a la señora de la casa no le gustó que viniera otra persona a vivir con nosotros y empezó a ponernos problema. Me decía que no quería ver mi hermano ahí, que buscara para dónde irme, yo no le iba a dar la espalda a mi hermano y buscamos entre todos otra casa.

Cuando salí a vender las tortas conseguimos una casa más grande y económica, nos fuimos a vivir a esa casa más céntrica, mejor, más grande y ahí pasamos toda la pandemia. No fue fácil, a mi esposo lo despidieron porque la empresa no tenía cómo pagarles y se acabó el trabajo; nadie podía trabajar, fueron cerrando las cosas, él tenía aproximadamente un año y medio trabajando en esa empresa y lo retiraron, quincenal o mensualmente le iban abonando la liquidación porque la empresa dijo que no tenía cómo pagarles. Con eso vivimos parte de la pandemia; cuando se agotaron todos los recursos mi hermano y mi esposo salieron a vender arepas de chocolate, plátanos y aguacate por los sectores, por los barrios. Se nos hizo muy difícil la pandemia, no teníamos a veces ni qué comer; mi esposo no conseguía trabajo porque en la pandemia no le daban trabajo a nadie; mi hermano consiguió un trabajo en una cauchera y mi esposo seguía vendiendo plátano y yuca. Después mi esposo consiguió trabajo y se fueron arreglando las cosas, mi hermano se independizó, quedamos nosotros en la casita, a pesar de todo no

pasamos hambre, Dios siempre nos tenía presente y no faltó nunca nada, pero ya no había recurso.

Estaba muy triste porque la pandemia nos dejó en cero y él no quería estar así él siempre tenía plata guardada de su trabajo y no conseguía un buen trabajo; siempre eran trabajos cortos, yo buscaba qué hacer para ayudar, seguía con mis tortas, pero no me sentía a gusto; daba clases de matemática, de español, de inglés, refuerzos a los niños pequeños, les enseñaba a leer y obtenía algunos recursos; no me sentía a gusto, le tenía miedo al metro, a salir a la calle, yo no me sentía a gusto en Colombia.

Un día me invitaron a una reunión en el barrio del lado, una vecina; fui y me pareció muy ameno, me gustaba, cada vez que había una reunión me invitaban; la señora de la Corporación Educativa Combos me invitó a ser parte de su equipo, yo la rechacé y le dije que no tenía tiempo para eso, porque los niños estaban en la escuela.

Después de un año me insistió y yo no quería, decía que no siempre; además murió mi padre en Venezuela y sentí que se me agarró el alma, no quería ni caminar, ni comer, ni dormir; fui a Venezuela, mi mamá estaba muy grave de salud, también tenía COVID, no daban seguridad de vida. Yo viajé a llevar los medicamentos y estuve un mes allá, la vida le dio otra oportunidad a mi madre, mi padre no venció el COVID, se complicó y lo que más me dolía era no haber estado en ese momento; pero Dios lo quiso así, estuve apoyándolos, cuidándolos, atendiéndolos, pero llegó la hora de venirme porque mis niños estaban aquí. Llegué enferma, aunque contenta porque regresaba, pero estuve hospitalizada quince días por problemas en los riñones, el dolor no me dejaba vivir, haber perdido a mi padre fue muy duro.

Me volvieron a invitar a la Corporación, la señora insistió y ese día le dije sí, yo la acompaño, yo la ayudo, esto no es remunerado,

pero con ese dolor en mi alma ya quería salir de la casa porque sentía que me iba a volver loca.

Esa organización me ayudó a salir de mi zona de confort, yo le tenía el miedo a Medellín, a la ciudad, miedo de montarme en el metro; enfrenté muchas cosas, muchas enseñanzas nuevas. La Corporación Educativa Combos tenía reuniones en el Centro Intégrate; empecé a soltarme, a vencer los miedos, a sentirme útil, a formarme para ayudar a mis compatriotas venezolanos que llegan y no conocen nada -igual como llegué yo, con muchos miedos sin nada-.

Eso me ha hecho sentirme mejor, ayudar a los demás, dar un consejo, una referencia, una información sobre las organizaciones, sobre quién les puede ayudar, cómo sacar el PPT⁴, todo lo que puedo informar me llena; me siento realizada, me siento muy contenta a pesar de todas las dificultades y las cosas que viví aquí en Colombia, las tristezas. Esta organización es parte de las cosas que me ayudaron a vencer los miedos y a romper muchas barreras.

Entendí que no quería ver más allá de mis narices, que no quería salir al mundo; para ayudar a otros, tenía que hacer terapia para mi dolor, con mi duelo, porque mi primer duelo fue venirme de Venezuela, dejar a mi familia y a mis padres; llegar a Colombia fue otro duelo, seguir adelante con mi familia, con mi esposo que era un hombre ya muy distinto al que yo conocí, y, otro duelo fue la muerte de mi padre. Fueron muchos duelos en mi vida, sentía que no podía, pero ahora me siento más empoderada, más querida por mis vecinos ya que les brindo una información, les brindo seguridad, les doy lo que yo necesitaba cuando llegué a este país.

⁴ Permiso de Permanencia Temporal (PPT). Documento legal en Colombia para regularizar a las personas venezolanas.

Yo lo estoy haciendo, quiero dejar huella en Colombia, siento amor por todo lo que hago ayudando en lo que pueda a los demás. Eso me llena, me siento empoderada, realizada, mis hijos están estudiando juiciosos; mi esposo conmigo siempre, juntos como una familia. No somos perfectos, pero sí somos un equipo, siempre estamos pendientes uno del otro. Mis hermanos y otra gente me preguntan por qué no he vuelto a Venezuela, me dicen que está cambiando, que ya Venezuela es otra, pero yo les digo que no vuelvo; volveré de vacaciones, de paseo, pero a vivir en Venezuela no, no estoy preparada.

Pensar en Venezuela me trae mucho dolor, no conseguir a mi padre con sus ocurrencias me duele todavía, pero estoy haciendo lo que me gusta, ahora sí hago lo que me gusta, lo que quiero. Esto me ha ayudado a incorporarme a la sociedad, a pesar de que no soy colombiana siento un amor por el barrio Santa Rita, puedo ayudar a los vecinos, me respetan, me escuchan, los escucho, los ayudo y sé que Dios ayudará a estar mejor económicamente a mi esposo, que no tiene un trabajo fijo ahora, pero tenemos fe en Dios. Yo quiero quedarme en Colombia ver a mis hijos crecer, estudiar ser profesionales, que tengan su familia más adelante, yo no me veo volver a Venezuela, me da mucho pesar, pero yo ya me siento más libre, más confiada más segura de mí misma.

Le doy gracias a Colombia por habernos acogido a mi familia y a mí, en mi barrio me respetan, me quieren, siento que los vecinos me apoyan en lo que hago y por eso quiero seguir aquí ayudando a mi gente, tanto venezolanos como desplazados de Colombia; quisiera ayudarlos y que Dios me dé fuerza y recursos para poder satisfacer necesidades que se presentan en mi sector, me siento una líder de esta comunidad y una vez la señora de la Corporación me dijo “eres una líder nata, solo tienes que creerlo” y me lo estoy creyendo, estoy disfrutando de ser una líder, de sentirme realizada, querida y respetada.

A DENTELLADAS

Gilma Montoya Gómez

Contaba con siete años de vida y ya sentía que el mundo me había abandonado a mi suerte. Nací en un pueblo difícil de ubicar en el mapa, cuya principal característica es que solo tiene una calle y esa calle era todo mi universo, hasta que lo abandoné.

Mis padres no usaron el único método anticonceptivo disponible para la época: la abstinencia. Se dedicaron a tener hijos como conejos y en total ajustaron catorce. Desde ese momento su única misión fue mantenerlos con vida y en ese intento fallecieron cuatro. Un día en que el cielo se desató en lluvia, nadie quiso acompañar a mi padre al cementerio para enterrar a uno de sus hijos. Decidió entonces sepultarlo en el solar de la casa. Aún hoy los lugareños sostienen que a medianoche se escucha el llanto de un niño que brota de la tierra como pidiendo consuelo.

Mis padres debieron acomodar a los diez hijos restantes en una casa, cuyas incomodidades eran una cocina, una pequeña sala y una habitación. Con el tiempo empezaron a mandar a los mayores donde otros familiares para alivianar las cargas. Con los demás, hacían piruetas para alimentarlos y ganarle la batalla a la desnutrición y a la muerte. Desde pequeña, la palabra **hambre** se pegó a mi cuerpo como una mugre. Mientras otras niñas soñaban con patines, muñecas o bicicletas, yo me tendía en la cama a imaginarme un

plato con arroz, tajadas y carne. Desde entonces, he sentido en mis entrañas un hambre vital que con nada parece saciarse.

Muchas veces comíamos lo que no es muy apetecible para mucha gente. Los pulmones, riñones, hígados de las vacas. A veces nos regalaban sangre para freírla, la llamábamos claritas y la consumíamos. Mi padre a veces llevaba unas partes de la vaca que con solo mirarlas ya se nos quitaba el hambre.

En mi primera infancia recuerdo solo haber tenido una muñeca. Su pelo, su rostro, manos y piernas estaban dibujados sobre un plástico rosado.

No había ropa, ni electrodomésticos, ni muebles, ni comedor. Una vez mi padre iba a llevar a un hermano a otro pueblo y en casa no encontró sino un vestido de mujer. Lo vistió con él y así se lo llevó.

A los siete años me enteré de que el niño Jesús era un borracho. Un 25 de diciembre me levanté a buscar mi traído debajo de la almohada. No había nada. Una hora después escuché a mi madre diciéndole a mi papá: “qué belleza el niño Jesús que le tocó a la niña. Un borracho que llega a las tres de la mañana”.

Mi madre y mi hermana una vez vendieron unas gallinas para viajar a Medellín. Después de visitar a un familiar, este le mandó a decir a mi padre que se viniera para la ciudad, antes de que nos devorara la pobreza y que él nos iba a regalar una casa. Murió antes de cumplir su promesa.

Aún así, mi padre vendió por \$25.000 la casa y con un montón de niños organizados en fila india, emprendieron el viaje para la ciudad. En su equipaje, el miedo, una muda de ropa y un costal con café que, después de instalarnos, mi papá sacó a la calle para que se

secara. Con esta acción le contó a todo el barrio que veníamos del campo. Desde ese momento todos los niños que me veían me gritaban “montañera” y yo no entendía por qué venir de un pueblo era motivo para sentir vergüenza.

Para ganarse la vida todos mis hermanos se volvieron vendedores ambulantes. Aunque “ganarse la vida” es un eufemismo porque todos empezaron perdiendo.

Mis padres fueron incapaces de construir una familia funcional con todo lo que eso implica. El hogar se convirtió en una tierra de nadie con el eslogan *¡sálvese quien pueda!* Mis hermanos compraban sus cosas y si yo necesitaba una crema dental o un jabón para bañarme, tenía que acudir al pillaje porque el baño siempre estaba vacío, lo mismo que la nevera, los closets, la alacena y la vida.

Durante un tiempo, el único de mis hermanos que pudo vincularse a una empresa, empezó a dar dinero para la comida hasta que se convirtió en alcohólico. El licor lo agarró del cuello y nunca más lo volvió a soltar.

Desde que llegué a la ciudad me sentí perdida, atrapada en un montón de casas de ladrillo y cemento que me ahogaban. El puesto que ocupaba en mi familia no era privilegiado. Ser la menor en un hogar con ocho hombres mayores, me volvía vulnerable pues todas sus bromas y maldades recaían sobre mí.

En Medellín seguí siendo pobre o más bien empobrecida. No entendía por qué mis hermanos no se hacían cargo de mí. No esperaba nada de mi padre pues sabía que sus ingresos solo le alcanzaban para comprar maíz y panela. Me sentía más pobre que el chavo del ocho.

Empecé a volverme invisible, a desdibujarme. Cuando mis hermanos me veían era solo para hacerme la broma de turno. Las carencias no eran solo económicas sino afectivas. Los abrazos, los besos, las palabras de aliento y los reconocimientos brillaban por su ausencia.

Alguna vez mis padres y hermanos se fueron para la costa y me dejaron en casa. Tenía nueve años y no recuerdo que me hayan dejado resuelta la manera de alimentarme. Mi hermano, el que ahogaba sus penas en la piscina del alcohol, llevó a un compañero a la casa. Mientras dormía, su compa fue a la cocina y empezó a manosearme. Yo trataba de esquivarlo, pero su cuerpo grande y robusto me llevaba de nuevo hacia él. Cuando empezó a jalarme para una alcoba me le escapé. En la calle, me tocó esperar sentada en unas escalas durante diez horas, hasta que lo vi irse.

Medellín se volvió para mí una ciudad intimidante. En la calle los hombres me tocaban, me decían cosas obscenas, en más de una ocasión me mostraban sus grotescos genitales. A veces tenía la sensación de que todos los hombres eran unos enfermos.

Mi adolescencia y juventud fueron un reto para mí. De todas mis amigas, yo era la mal trajeada, la que le tenía que poner una cinta a los tenis rotos, la que debía salir corriendo para la casa a lavar el *bluejean* que me iba a poner al día siguiente, la que no tenía un pasaje, ni un peso para aportar a una *vaca*. Además, empecé a conocer la cara machista de mi papá. Me celaba obsesivamente con hombres, mujeres, amigos, no me pasaba al teléfono y si un amigo iba a buscarme a mi casa, lo echaba a punta de improperios.

Desde el bachillerato empecé a devorar libros, pero mis hermanos pensaban que eso era una pérdida de tiempo. Ellos querían verme producir y les daba igual cómo, en casas de familia,

en un bar, como vendedora, etc. Lo importante era que se me viera el dinero.

Cuando estaba en el grado décimo empecé a rebelarme. Lo primero que hice fue anunciar en mi casa que no volvería a misa. ¿Por qué tenía que agradecerle a un Dios que siempre me dejó sola?, ¿dónde estaba su infinita misericordia?

Después me dediqué a cuestionar a mi madre “¿si tienes diez hijos por qué te resignas a que muchas veces la comida sea arroz y salchichón?, ¿cuál es el sentido de la responsabilidad que les has inculcado?”

También empecé a salirme de la jaula en que me mantenía mi padre; me creía en mi pleno derecho de ir a una fiesta, un paseo, un encuentro, una finca, y de no tener que estar corriendo para llegar antes de las doce como si fuera la cenicienta. El precio que tuve que pagar fue que él dejara de hablarme durante tres años. La comunicación se restableció cuando me di cuenta de que tenía un cáncer de próstata que terminó llevándose de este mundo.

Después empecé a vincularme a movimientos políticos y sociales. Sin la bendición ni el apoyo de mi familia ingresé a una universidad privada a estudiar historia y filosofía. Muchas veces tuve que irme caminando a clases, incluso, durante varias ocasiones después de llevar muchas horas en la U sin comer, acudí a la cafetería en busca de los sobrados que algún estudiante dejara en una mesa. Trabajé en almacenes para poder costearme los estudios. Sin embargo, cuando me iba a graduar eran tantos los semestres que debía que no me iban a entregar el diploma.

En la facultad fui muy buena estudiante y muchas veces ayudé a compañeros que yo decía eran *demalás para pensar* y que eran candidatos para reprobado las materias. Por eso uno de ellos, nunca

supe cual, pagó toda la deuda que tenía con la universidad y me pude graduar.

Ingresé al magisterio y empecé a dar clases en colegios de sectores populares con jóvenes con un montón de problemas y una situación de violencia que acabó con incontables vidas de habitantes de la comuna.

Estudiaba para llenar vacíos de los que a veces no era consciente. Entré a la Universidad de Antioquia a estudiar derecho.

A los veinticinco años empecé a tener depresiones. En pocas palabras quiere decir que a partir de ese momento muchas de las situaciones y las emociones las vivo en 3D. A veces me ponen en la cuerda floja bordeando el abismo. Años después se me sumó la fibromialgia. Es como si el dolor de mi infancia regresara en nuevas presentaciones y se me instalara en la médula. Me he obligado a vivir un día a la vez. A que cuando llegue el tsunami del dolor, lo escriba, lo pinte o lo dance. Cualquier cosa, menos tragármelo. Si algo he aprendido en la vida, ha sido a luchar y defenderme, a veces con puños, mordiscos o patadas. Al parecer es la única manera que nos queda a muchas mujeres de enfrentar un sistema dispuesto siempre a apabullarnos.

Mi nombre es Gilma Montoya Gómez y soy la que permanece de pie.

LA MAGA

Seudónimo La Maga

Mi nombre es Margarita María Mosquera. Nací el 28 de febrero del año 1966. Por motivos que aún no son claros para mí, hay varias versiones, terminé viviendo con mi abuela paterna, la cual se convirtió en mi mamá. Una mamá que llenó mi vida de mucho amor. Fue una infancia llena de aprendizajes, una abuela-mamá muy amorosa, unas tías no tanto y un papá un poco exigente. La abuela también tenía a su cargo cuatro niñas de una hija que había fallecido.

Fue un poco difícil estar con ellas, pues la abuela siempre demostró mucho amor por mí, una cierta preferencia, y eso ocasionó algunos roces entre nosotras. Aunque siempre estuve con ellas, yo vivía en un mundo aparte. Mi amiga y confidente era mi mamá. Me gustaba mucho leer, fue algo que heredé; mi papá también fue buen estudiante.

A medida que fui creciendo empecé a meterme en problemas. Como mi papá no me dejaba salir, cuando lo hacía me desjuiciaba. Empecé fumando cigarrillos, luego marihuana, consumiendo pepas. Eso llegó a oídos de los profesores. Llamaron a mi papá porque también bajé el rendimiento académico. Él me llevó donde un psicólogo, estuve un año asistiendo a terapia, pero igual yo seguía en mi rebeldía.

A los dieciséis años me fui a vivir con una prima que vivía en Cúcuta (yo vivía en Medellín). Me fui a escondidas de mi papá. Llegué allá en junio y en octubre ya estaba en embarazo. Estaba

muy asustada, sin saber qué hacer, pero lo que sí tenía claro era que quería a mi bebé. Mi papá fue por mí y volvimos a Medellín. La familia estaba dividida, unos querían que abortara, otros que no. Los que no querían eran mi papá y la abuela, y yo decidí tenerlo.

Un día llegó mi papá y me dijo que nos íbamos a una finca. Resultó ser un hogar para madres solteras primerizas. Allí pasé dos años de mi vida, en los cuales no se me permitieron visitas, solo mi papá. Yo convencí a las monjas para que me dejaran, de vez en cuando, llamar a mi mamá.

Cuando salí de allá me fui a vivir con mi papá. Fue difícil, pues nunca tuve una buena relación con él. Él quería que viviera, que sintiera y que pensara como él que tenía cincuenta años, y yo solo tenía dieciocho. Estuve allá poco tiempo. Me fui a vivir con una tía y con mi niño. Ya había tenido a mi niño: nació el 22 de julio, le puse por nombre Juan Pablo. Eso transformó a la familia. Era el amor de mi vida, igual para toda la familia, para la abuela, mi papá y mis primas. Llegó a traer mucha luz.

Con mi tía viví dos años. Estando allá, un día cualquiera sonó el teléfono; contesté y era una señora de nombre Rocío, que resultó ser mi mamá biológica. Pero yo era una niña, una joven inexperta, y no quise hablar con ella. Le dije que no.

Más adelante, mi papá consiguió una compañera de vida. Volví a vivir con ellos y retomé mis estudios en la nocturna. Los fines de semana iba donde mi prima, que tenía un puesto de empanadas y le ayudaba. Comencé a relacionarme con sus amistades. Tanto mi prima como sus amigos eran mayores. Bebían mucho, consumían droga. A mí nunca me gustó el trago. Se fue creciendo mi círculo social en cuestión de adicciones, empecé fumando los fines de semana y, cuando menos me di cuenta, estaba consumiendo a diario.

Mi hijo tenía siete años. Volví a quedar embarazada. Eran tiempos duros, los años 90. El país estaba viviendo la época del narcotráfico y la situación con Pablo Escobar, donde había mucha violencia. Yo no sabía cómo decirle a mi familia lo de mi embarazo, sobre todo a mi mamá.

Un sábado, muy temprano, decidí visitar a mi mamá, pues yo estaba donde mi prima. Salí con mi hijo y, caminando, nos atropelló un carro. Yo estaba en el hospital, y ahí aproveché, cuando llegó toda la familia, y les dije de mi embarazo. No hubo mucho revuelo, pues mi niño estaba delicado de salud, le habían tenido que amputar parte del pie y le estaban poniendo injertos. El proceso fue algo largo y la atención se centró en él.

A los cinco meses de haber sucedido el accidente, murió mi mamá. Me quedé sola, así estuviera con todas esas personas llamadas familia, aunque yo nunca las sentí así. La que movía todo eso era la abuela, mi mamá. Fue algo que marcó mucho mi vida.

Yo seguía viviendo con mi papá. Aunque enojado conmigo por el embarazo y por mis adicciones, él siempre estuvo ahí, siempre cuidando mi embarazo. El 28 de febrero, el día de mi cumpleaños, nació mi niña. Ese día yo estaba cumpliendo veinticinco años. La llamé Lian del Socorro, en honor a mi mamá, que se llamaba Socorro, y a una tía de nombre Lidia, de la cual recibí mucho amor.

Pasaron algunos meses y yo seguí en mi desorden. Mi papá se cansó y me dijo que me fuera de la casa. Me fui con mi niña. Dormí en la calle tres días. Conocí a un señor que me llevó a un centro de rehabilitación, en el cual estuve cuatro años. Tenía un techo para mí y para mi hija. Conocí muchas mujeres. Fui líder, aconsejaba, oraba, pues era un lugar cristiano. Crecí como ser humano.

Nunca llamé a mi familia, solo hablaba con mi madrastra, pues ella se había quedado con mi hijo Juan Pablo. Un día me retiré, ya

llevaba tres o cuatro años allá. Me fui a vivir con una compañera del centro de rehabilitación. Ella tenía un novio que trabajaba en un pueblo. Un día le mandó algo con un muchacho, que resultó ser el latonero del centro de rehabilitación donde estuve. Yo lo atendí, me invitó a salir y, para no alargar el cuento, con él tuve cuatro hijos. Fue mi compañero de vida.

Aprendí muchas cosas de él. Me soportó mucho, pues yo nunca he sido el prototipo de mujer juiciosa. Nunca he visto al hombre como un ser superior o como cabeza, lo he visto como un igual y, muchas veces, la superior soy yo, aunque creo que ya he cambiado en eso.

Empezamos muy bien. A los seis meses de vivir juntos quedé embarazada. Hablé con mi madrastra y me dijo que me fuera a vivir con ella, pues mi papá estaba en Puerto Rico. Me fui. Vivimos un tiempo solas, luego llegó mi papá y todo estuvo muy bien.

Nació mi niño Josué. Tanto Henry (el nombre de mi compañero) como yo nos desjuiciamos, él bebiendo y consumiendo droga, y yo igual, no bebiendo, pero sí fumando bazuco. Nos fuimos de donde mi papá y terminamos viviendo en Niquitao, un sector de Medellín donde venden droga y hay inquilinatos. Allí alquilaban habitaciones para vivir. Duramos nueve años en ese lugar.

Él trabajaba en talleres por ahí cerca y yo empecé a pedir monedas en el sector de San Ignacio, en Comfama. Luego empecé a vender confites. Todos los días salía muy temprano y regresaba de noche con comida, dinero y droga. Vivir en un lugar así no es fácil ni barato, pero las experiencias que viví allí son para otro cuento, muy extensas, cosas que también marcaron mi vida.

Cuando salimos de Niquitao nos fuimos para San Javier, por la comuna 13. Eso por allá estaba alborotadísimo, muchas fronteras. Fue corto el tiempo que estuvimos porque también era muy

complicado el transporte para llegar allá. Nos fuimos a vivir a Moravia, porque Henry tenía un rancho. Vivir en ese lugar fue otra hazaña, no había luz, no había agua, igual era un lugar que se prestaba para negocios ilícitos. Cocinaba con petróleo, vivía al lado de una quebrada; había muchos animales: ratas, arañas, ranas, etc.

Al principio el piso era de barro amarillo, todo se ensuciaba. Estuvimos allá con Henry dos años. El 2 de julio de 2005 Henry murió. Me quedé con mis muchachos, y pensando qué hacer. Estaba un poco desorientada, porque nunca pensé quedarme sola.

Mis hijos iban a una fundación en Niquitao. Le pedí a la directora que me ayudara, que yo podía colaborar en el aseo, y ella aceptó. Allí estuve un año ayudando a barrer, trapear, a veces en la cocina. Ella no me pagaba con dinero, me daba mercado, y luego yo salía a vender mis dulces.

Al año de estar allí me contrataron con todas las prestaciones. Fue la primera vez que yo tenía un trabajo así, donde iba a recibir todo, donde iba a tener salud. Fue algo muy emocionante.

La Alcaldía empezó un proyecto y a las personas que vivíamos en ese lugar, donde tenía el rancho, nos dieron un subsidio de vivienda. El proceso duró diez años porque había que hacer muchos trámites, cosas legales, firmar documentos. El 28 de febrero del 2016 me mudé a mi casa. Fue algo increíble, pues nunca había pensado tener una casa propia. Fue un regalo del cielo.

Siento que, desde que nací, fui migrante. Me tocó dejar las cosas siendo muy niña, me alejaron de lo que era mío, mi mamá. Y desde ahí siento que empezó ese caminar para volver a encontrar ese lugar, mi propio lugar. Yo nunca sentí que encajaba en la familia; siempre hubo alguien que me recordaba que la abuela no era mi mamá y que a mí me habían regalado.

Cuando tuve mi primer hijo lo sentí mío, era mi hijo. Y ya cuando vinieron los otros cinco, también cada uno era un pedacito de mí. Esa era mi familia, la que yo había conformado, y ahora teníamos una casa, estaba todo como cogiendo forma.

Cuando murió mi compañero me desubiqué un poco, me sentí sola, pero fue algo momentáneo, pues nunca dudé de poder salir adelante. Busqué refugio en la religión, fue un tiempo en el cual encontré mucha esperanza, amor por todos lados. Mis hijos fueron, son y serán siempre mi orgullo; es importante para mí saber que no tienen que repetir mi historia, aunque yo tampoco estaba repitiendo ninguna, la vida que viví la escogí, escogí ese camino. Así mismo, mis hijos, cada uno escogió el suyo, muy diferente al mío.

Los vi crecer sin vicios, con sueños, metas, cosas que yo nunca tuve, ni siquiera ahora. Yo siempre he vivido el día a día, sin planes, sin metas. Me gusta vivir así, cada cosa que me ha sucedido me ha sorprendido. Nunca planeé un embarazo, todo lo que me ha pasado, absolutamente todo, la vida misma me lo ha brindado. Me ha sorprendido varias veces, sobre todo con las muertes de mi mamá, mi compañero y mi papá, pero también fue una sorpresa cuando me vincularon en una empresa, también en la iglesia donde asistí y también trabajé. Entonces siento que me ha ido muy bien en la vida y la cantidad de personas que se han cruzado en mi camino, la verdad no puedo quejarme de nada, todas han traído lindas enseñanzas a mi vida.

También hubo personas que, por mi manera de vivir, por la droga, por vivir en esas partes tan oscuras, decían y aseguraban que mis hijos iban a ser los delincuentes del futuro. Yo nunca lo creí, nunca lo pensé. Creo que siempre he ido en contra de las leyes del universo, he recogido en donde no he sembrado, nunca espero nada y todo me llega.

Sí, he tratado en lo posible de hacer muy bien las cosas, aún las malas. Cuando fui drogadicta, nunca esperé una fumada de nadie. Madrugada a pedir o a vender, a trabajar todo el día para poder darles a mis hijos lo que necesitaban, pagar mi habitación, comprar lo que a mí me gustaba. Trato de no hacerle al otro lo que no quiero que me hagan a mí. Pienso que esa es una de las reglas para tener una buena vida. Eso mismo se lo enseñé a mis hijos.

Mucho de lo que la vida me dio es lo que hoy yo doy a las demás. Me ha ido muy bien, a través del tiempo he conocido personas increíbles que, aunque no las he vuelto a ver, dejaron en mí huellas. Y no podía faltar el que quiso hacer daño; de ese también aprendí, y el daño, ofensa, agravio, lo transformé en lección y aprendizajes. Nada ni nadie me puede hacer ver la vida de una forma dolorosa, triste, fea. Para mí vivir es un privilegio, un honor, una delicia.

A mí me han tocado una cantidad de cambios. Lo que en mi niñez vi tan lejano, tan en el futuro, hoy lo estoy viviendo. Hoy estoy en ese futuro. Siento que la vida es un privilegio porque muchos que venían conmigo en el camino se quedaron. Lo que yo vivo hoy era imposible en ese entonces. Sé que todas las personas pensamos y actuamos diferente.

Yo lo soy aún más, veo todo el mundo con otros ojos. Mientras la mayoría ve maldad, desastres, tristeza, soledad, yo veo bondad, tranquilidad, empatía, amor, esperanza. Yo creo en el ser humano, creo en los cambios, creo en la vida y creo en el amor. Y lo hago porque hubo personas que creyeron en mí cuando nadie lo hacía, me amaron cuando ni siquiera yo lo hacía.

Cada persona da lo que tiene, lo que ha recibido. Y a mí siempre, aún en los momentos más oscuros, la vida me ha tratado muy bien. Cualquiera día fui a un lugar a hacer una vuelta, estando allí alguien

se me arrimó y me invitó a una reunión donde había unas mujeres venezolanas. Me uní a ese grupo de nombre *Las Caracolas* y aquí estoy, compartiendo con excelentes mujeres, conociendo su corazón, escuchando sus historias y aprendiendo a través de ellas, con unas profesoras maravillosas que son puro corazón.

Vuelve la vida y me sorprende, pues yo siempre había querido escribir un libro, pero no sabía cómo hacerlo. Y acá, en este grupo, llega un proyecto llamado *Voces y Silencios*, que nos brinda la oportunidad de escribir y concursar. Es un sueño que he tenido y, como siempre, el universo se alinea para cumplir mis deseos.

Cada migración que ha sucedido en mi vida, aunque haya traído consigo un poco de dolor o de tristeza, también me ha enseñado muchas cosas hermosas. He crecido, me he fortalecido. No sé si ya estoy en mi lugar ni si permaneceré, lo único que sé es que hay que vivir el presente, dejar el pasado atrás y tratar de no preocuparnos por un futuro que no sé si va a llegar.

Tratemos de dar mucho amor, igualmente de recibirlo, porque pienso que es el ingrediente necesario para poder vivir, y vivir bien.

CATEGORÍA

**Mujeres que trabajan con
mujeres migrantes**

**Tu fuerza acompaño
mi viaje**

Lina María Cano Suárez

TU FUERZA ACOMPAÑÓ MI VIAJE

Lina María Cano Suárez

2018: una imagen que fue difundida por la revista *Time*¹ y luego en redes sociales y en muchos noticieros del mundo, llamó enormemente mi atención. Se trataba de una niña de piel mestiza, con rasgos latinos, tal vez procedente de algún país centroamericano, de unos seis años, situada al frente del presidente de los Estados Unidos, erguido, imponente, rubio, quien a mi parecer simbolizaba el poder, la hegemonía, el autoritarismo. La imagen iba acompañada de un artículo donde se cuestionaban las prácticas que se estaban llevando a cabo en Estados Unidos con relación a la población migrante, que consistían en separar a los/as niños/as de sus familias, quienes debían permanecer en unas celdas a la espera de ser deportados/as; esa imagen que le dio la vuelta al mundo, para mí describía perfectamente la situación de aquellos/as que migran de forma irregular, quienes se posicionan frente a frente ante imponentes, fortificadas e impenetrables murallas y la indefensión permea su humanidad.

¹ La Revista *TIME* es una publicación estadounidense de noticias.

Luego leí por ahí que la foto había sido descontextualizada para hacer ver al presidente Donald Trump² como un gobernante desalmado, las redes sociales se inundaron de comentarios de detractores del mencionado Gobierno, activistas de derechos humanos e incluso defensores de dichas políticas, mientras tanto yo seguía conmoviéndome cada que observaba la figura de aquella niña indefensa.

En aquel entonces yo hacía mis prácticas de psicología en una corporación con fines sociales y comunitarios, específicamente en el jardín infantil que operaba la corporación; mi práctica consistió en presentar una propuesta formativa para niños/as en primera infancia, y apoyar labores administrativas relacionadas. Ese año se matriculó mucha población venezolana que, en su gran mayoría, no cumplía el requisito de la documentación; para mi tranquilidad, ese no fue impedimento, porque la Corporación antepuso el derecho a la educación y a la protección permitiendo el ingreso, ofreciéndoles un entorno protector mientras sus familias buscaban oportunidades que les permitiesen suplir al menos los mínimos vitales. Esta fue la que yo creía que era mi primera experiencia con población migrante y en el tema de la migración.

2020 – 2022: Y de pronto me encontré inmersa en historias de resistencia y fuerza de muchas mujeres migrantes con quienes la vida me permitió caminar, aquellas historias describían paisajes, olores, sabores, nostalgia, añoranza, pero también lágrimas, cicatrices en el cuerpo y en el alma, relatos de cuerpos que fueron sometidos y abusados, acoso que obligó a guardar vergüenza y silencio; maternidades deseadas y no deseadas y discriminación por ser mujeres. Esto en el marco de un proceso con mujeres migrantes venezolanas del cual tuve la oportunidad de hacer parte y que hoy me permite concluir que sus crónicas de vida no difieren mucho de

² *Donald John Trump, presidente de los Estados Unidos en 2017-2021 y 2025*

las nuestras, y que la juntanza de nuestras historias siembra semillas de esperanza, fuerza y empatía tanto en las unas como en las otras. Para aquel entonces sin haber hecho conciencia de que la acción de migrar hacía parte de mi vida y la de las mujeres que me antecedieron.

1955: Esther Julia, mi abuela paterna, terminaba de despedir a sus dos hijos y dos hijas mayores quienes se dirigían a su lugar de estudio, mientras permanecía parada en la puerta de su casa con las y los demás; cargando en sus brazos a su bebé de seis meses, mientras tomaba de la mano a su hija de dos años y sin parpadeo daba instrucciones de comerse todo a su hijo e hija de tres y cinco años que se encontraban sentados en la mesa. Un inesperado suceso cambió el transcurso de su rutina, un hombre de edad mediana se acercó a la puerta de su casa ubicada en el municipio de Cisneros Antioquia, ella un tanto sorprendida le saludó y este le comunicó la lamentable noticia de que su esposo había sido asesinado en el cumplimiento de su labor como electricista de la estación del tren en Puerto Berrío Antioquia; la teoría que más cobró credibilidad sobre la muerte de mi abuelo, la cual fue difundida en el pueblo, indica que fue asesinado por los liberales luego de acusarle de ser conservador; no obstante, la empresa estatal ferrocarril de Antioquia, oficializó otra versión.

Esto cambiaría completamente la vida de Esther Julia quien a sus veintiocho años ya era madre de cuatro hijos, y cuatro hijas con quienes migró a la ciudad de Medellín acompañada de incertidumbre, miedo, anhelos, fuerza, determinación y, además, de su máquina de coser. Con fuerza y tenacidad labró su vida y la de sus hijos en la pujante Medellín, que ya a finales de los años 50 se edificaba como una ciudad industrializada, donde emergían grandes emporios de textiles y fue la industria textil la que le extendió la mano y quien le propuso coser desde su propia casa. De esta manera

la joven mujer atendía el cuidado de sus hijos y generaba recursos trabajando desde su hogar, a todas luces un generoso y altruista gesto, una enorme muestra de responsabilidad social que escondía una forma sutil de explotación a costureras que no tenían derecho al descanso, a la jornada laboral, a la afiliación a la salud, a prima de servicios o vacaciones y menos a una jubilación.

¿Derechos?, ¿qué derechos podía exigir aquella viuda a quien las empresas textiles le hacían un favor?, ¿no era suficiente con recibir un pago trabajando desde su casa?, ¿qué hubiese sido de Esther Julia y sus hijos si no hubiera recibido esta oferta?

Y así por casi dos décadas Esther Julia repetía el ciclo: cuidar, cocinar, limpiar, coser... cuidar, cocinar, limpiar, coser... cuidar, cocinar, limpiar, coser... Entre camisas de cuadros de colores fosforescentes que encandilaban sus ojos, cosiendo hasta pasada la medianoche y pantalones de lino y terlete (que además debía entregar perfectamente planchados), fueron pasando los años.

Cuando la conocí ya no cosía para alimentar a sus hijos e hijas, estos ya eran adultos/as y algunos casados/as, el dinero lo usaba para comprar regalos a sus nietos/as, telas para confeccionar hermosos vestidos a sus nietas entre ellas a mí, una suscripción semestral en la parroquia del barrio para mandar a hacer misas por sus hijos/as y nietos/as y seres queridos que ya partieron, estampitas de la virgen que nos obsequiaba y otros detalles como ese. Mis primeros años de vida me vestí con hermosos trajes que ella confeccionaba, unos vestidos con manga bombacha, enaguas, franjas, aplicaciones bordadas, combinados con medias de lana y zapatos de charol; nunca la vi descansar, siempre estuvo en función de algo o alguien, al servicio de, pocas veces la vi sonreír, y también muy pocas veces la vi faltar a misa.

Cuando quedé embarazada a mis diecinueve años, mi abuela se molestó muchísimo, no quería verme ni conocer su primer bisnieto; eso me hizo doler el alma por mucho tiempo, luego se le pasó la molestia y amó a mis hijos/as como a todos sus nietos/as. Un día cualquiera me dijo “hija, no tengas más hijos”. Y esa fue la prueba irrefutable de su gran amor por mí, ella que no había tenido la posibilidad decidir si tener hijos o la cantidad; me decía con voz casi suplicante que no tuviese más, dándome a entender que yo merecía una vida con menos sacrificio y más autonomía, con más posibilidades y menos responsabilidades, y de esta manera morar en la habitación propia de la que habla Virginia Woolf³ donde pudiese disponer del espacio, recurso y completa potestad para pensar, decidir y escribir.

Mi abuela además de ser madre de ocho fue migrante y lo fue por causa de la violencia, en su corazón nunca albergó el deseo de salir de su pueblo, pero la vida la retó y ella provista de valentía viajó en busca de oportunidades, las mismas que encontró gracias a su determinación y talento, porque no a todas nos gusta coser y no todas sabemos hacerlo. Ella no solo recibió del lugar donde llegó, también aportó.

1966: María Celina, mi abuela materna había cabado de enviudar, una posible peritonitis acabó con la vida de su esposo, quien era veinte años mayor que ella, contaba con el ingenio para cocinar manjares con muy pocos ingredientes, en medio de la escases y la pobreza, cortaba y recogía caña y café con la misma productividad que sus compañeros hombres, hablaba con determinación y convencimiento y era habilidosa como ninguna para los juegos de azar. María Celina no pudo decidir si ser madre o

³ *Una habitación propia, 1929. Virginia Woolf.*

no, el número de hijos a parir o la frecuencia de sus embarazos; estudiar y prepararse nunca fue una opción para ella, aun así, a diferencia de su esposo, ella sabía leer y escribir. Luego de haber enviudado a sus treinta y un años con cinco hijastros, tres hijos y dos hijas, trabajó cortando y recogiendo caña como única opción para generar ingresos; finalizada la extenuante jornada en su primera semana de trabajo, un viernes en la tarde, se dispuso a hacer la larga fila para recibir su pago percatándose de algo, el monto de su salario era menor que el de los hombres; desde luego, María Celina no se quedó callada, expuso sus argumentos protestando por aquella injusticia, pero sus palabras no fueron escuchadas. ¿Cuál era la razón de aquella injusticia? María Celina era mujer, además campesina y pobre.

Para aquella década emergían a lo largo y ancho del continente movimientos que enarbolaban la lucha por los derechos de los/as trabajadores/as, de grupos minoritarios excluidos culturalmente como las disidencias sexuales, indígenas y afrodescendientes y las luchas feministas y de las mujeres; sin duda, la falta de oportunidades y de acceso a la información y a la educación incidieron en que todo esto fuese desconocido y ajeno para María Celina.

A los dos años de haber enviudado tomó la decisión de partir de su natal Angostura Antioquia al lado de sus cinco hijastros quienes ya estaban jóvenes y con quienes compartía una relación de hermandad y camaradería, pues eran casi de su misma edad y sus cinco hijos e hijas, no sin antes acudir al consejo de sus parientes, quienes para su sorpresa tacharon de irresponsable aquella decisión: “uno debe aceptar el destino que le tocó”, “las mujeres no estamos hechas para esos embelecos”, “usted fue que se embobó, para dónde se va a ir con esa muchachera”. Esas palabras la llenaron de dudas, pero no apagaron su ímpetu y determinación. Finalmente, la única

opción era moverse, en búsqueda de oportunidades de vida, pues aquel contexto inequitativo no le ofrecía la posibilidad de garantizar alimento para sus hijos e hijastros. Decidida dejó su pueblo para encumbrarse en otras cordilleras en el municipio de San Roque, al Nordeste de Antioquia, allí encontró las oportunidades que estaba buscando, se radicó en una humilde vivienda prestada donde nunca le faltó el alimento, pues era una tierra fértil donde abundaba el aguacate, el cacao, el maíz, las naranjas, las guanábanas, criaba gallinas y ponía en práctica otra de sus habilidades, comerciaba, intercambiaba gallinas con los mercaderes por ropa para sus niños/as y además llevaba a cabo una de sus actividades favoritas, pescar.

Cuenta la historia que María Celina, le temía muchísimo al momento del parto, el dolor físico experimentado la llenaba de tensión y ansiedad, esto sumado al temor por la probabilidad de morir; no obstante, fue una madre afectuosa y cuidadora, nunca pudo negar que prefería las labores del campo como sembrar, cosechar y recoger a cocinar, limpiar y cuidar. Si bien debió haber sido muy duro para ella la muerte de mi abuelo y de repente verse como única responsable del sustento de su familia, también fue la oportunidad de dejar de parir (eso pienso), y pensar más en ella; las vicisitudes de la vida no la apagaron, siempre demostró alegría, motivación y entusiasmo.

Era una excelente bailarina, que no pasaba desapercibida en fiestas y bailes, fanática del fútbol, sí, así como lo leen, en aquel entonces un radio que funcionaba con baterías fue su conexión con el deporte y con el resto del mundo; no había partido de fútbol o carrera ciclística que María Celina no escuchara. Falleció en 1975 a la edad de cuarenta años, exactamente dos años antes de que yo naciera; a María Celina, la conocí a través de relatos, dichos, cuentos de mi madre, tíos y otros familiares y una conexión única

me une a ella; escuchar su historia me ha permitido reconocer su fuerza, su tenacidad, su persistencia, sus luchas y limitaciones en un contexto de migración, exclusión y desigualdades.

En todas las familias hay historias, algunas de las que sus miembros se enorgullecen, otras que prefieren callar o invisibilizar, otras que solo algunos/as conocen.

Siendo niña me las ingeniaba todo el tiempo para escuchar lo que los adultos/as conversaban, mientras mis hermanas y primas jugaban a hacerle ropa a las muñecas yo escuchaba lo que mi mamá conversaba de su madre y de su infancia, y así fui conociendo a mi abuela Celina. Cuando visitábamos a mi abuela Esther, mis primos nos invitaban a jugar a construir naves intergalácticas que nos llevarían a conocer el espacio desde la terraza de la casa de mi abuela en el barrio Campo Valdés en la ciudad de Medellín, yo me escapaba de la nave para irme a escuchar lo que mi abuela le contaba a mi madre de su llegada a Medellín y todo lo que pasó para sacar adelante a su familia, esa fue una excelente fuente para narrar lo que hoy les cuento.

1977: Nací el 26 de octubre de 1977, tengo cuarenta y ocho años, hija de un mecánico y una administradora del hogar; no les contaré mucho de mi infancia o adolescencia, les hablaré de un suceso que cambió el rumbo de mi historia. Tenía veinticuatro años, cuando el 27 de abril del 2002 mi esposo y padre de mis tres hijos fue secuestrado y posteriormente desaparecido por grupos paramilitares en el bajo Cauca Antioqueño, mientras se desempeñaba como taxista. ¿Qué llevaba?, ¿a quién?, ¿qué sabía?, ¿qué ocultaba?, nunca lo supe, mientras la familia y las personas del pueblo en el que vivíamos se esforzaban atando cabos y concluyendo teorías sobre lo que le pudo haber pasado. - “Eso debe ser que está preso en Montería... eso le pasó por sapo de la Fiscalía... eso fue que sacó

coca... usted sí sabía lo que él estaba haciendo... “eso fue que se fue con otra mujer”.

Yo cada minuto que pasaba sentía más incertidumbre, miedo, culpa y menos ganas de vivir. Al igual que mi abuela me vi obligada a emigrar a la ciudad; sin lugar a duda la determinación y fuerza de ella me acompañaron en aquel viaje que emprendía en busca del apoyo de mi familia y de oportunidades para vivir. Tenía deseos de salir adelante y trazarme objetivos.

La historia de Esther Julia se hizo carne en mí, otra vez la crudeza de la guerra permeaba nuestra historia familiar, no estuve sola, mi abuela me acompañó enviándome sororidad, empatía y oraciones; para aquellos años el alzamiento ya había hecho mella en ella, aun así, en sus momentos de lucidez preguntaba por su nieta y sus bisnietos/as y cuando me veía preguntaba por mi esposo, deseosa de que yo ya hubiera recibido noticias de él. Las noticias llegaron en el 2008, el jefe paramilitar del bloque Mineros de Tarazá Antioquia en audiencia desde los Estados Unidos reconoció el hecho del secuestro y la desaparición de mi esposo, admitiendo que había sido perpetrado por el grupo paramilitar que dirigía. Cuando llegué a la ciudad sentí como si un nudo estuviera siendo desatado de mi garganta y de mis manos y un velo descubriera mi cabeza dejando que mi rostro y cabellos tocaran la libertad.

Denuncié el hecho ante las autoridades pertinentes y lo que viene ya se lo imaginan; no fue fácil ser madre, proveer económicamente y procurarme tiempo y espacio para dar pasos en pro de mis objetivos personales. Fui vendedora de tintos, domiciliaria, encuestadora. Un día cualquiera caminando entre el pasaje La Bastilla y el parque de Berrío en la ciudad de Medellín, me encontré con un grupo de mujeres vestidas con camisetas blancas, rodeando unos pendones que contenían fotos de sus seres queridos desaparecidos, expresando a coro consignas como: “Las madres de

la Candelaria no somos ni seremos parte de la guerra, somos y seremos parte de la paz”, “vivos se los llevaron, vivos los queremos” ... y otras arengas. Me acerqué y pregunté de qué se trataba y me indicaron que fuera a hablar con la directora.

Sentí temor de hacerlo, de ser juzgada, señalada o culpada por aquel hecho, y esta vez mi abuela María Celina me acompañó desde aquella dimensión dondequiera que se encontrase, me animó a hablar; pensaba que, si ella que no tuvo acceso a decidir o a educarse, hablaba con convicción y determinación y aprendió a leer y escribir de manera autónoma, ¿yo por qué no podía expresar mi deseo de hacer parte de aquel movimiento? También me acompañó la fuerza y determinación de mi abuela Esther, sin más, le hablé a la directora y esta de forma cariñosa atendió mi llamado; me abrió las puertas de aquella iniciativa y conseguí además de visibilizar el delito de la desaparición forzada en Colombia y específicamente la desaparición de mi esposo, hacer parte del equipo coordinador, liderando plantones, representando a las madres de la Candelaria en foros, seminarios, paneles y otros eventos.

El hacer parte de este movimiento me permitió acercarme a otros y a organizaciones de víctimas y mujeres donde nos ofrecieron espacios formativos relacionados con derechos y las rutas de acceso, y por primera vez escuché hablar de feminismo; hice conciencia de construcciones culturales enraizadas en un sistema patriarcal que nos ha puesto a las mujeres en desventaja, a deconstruir creencias introyectadas durante mi historia, a aceptar la diferencia y la disidencia como formas naturales de la vida.

Cualquier día durante el desempeño de mi labor en Madres de la Candelaria recibí un correo, se trataba de una convocatoria para otorgar becas a jóvenes entre dieciocho y veinticuatro años, para acceder a la educación superior. Para aquel entonces yo tenía treinta, pero aun así lo intenté, envíe un correo explicando las

razones por las cuales deseaba obtener la beca, la respuesta no tardó en llegar y contra todo pronóstico, me respondieron “Sí, bienvenida al proceso”. No lo podía creer, estaba iniciando el camino hacia la educación superior, la vida me había dado la mano y yo debía poner todo de mí por mi meta de ser psicóloga. El programa de becas asumió el costo de los primeros semestres universitarios, este fue un gran espaldarazo de la vida. Sin lugar a duda allí estuve abuela María Celina puliendo la redacción de aquel correo con el que convencí al cooperante de otorgarme la beca. Tú también estuve abuela Esther, revistiéndome de determinación para tomar decisiones.

Por decisión propia cerré el ciclo con el tema de víctimas en el marco del conflicto armado, y decidí dedicarme a otras cosas, y así fui trasegando laboralmente por empresas privadas y organizaciones sociales donde tuve la oportunidad de conocer mujeres que me inspiraron, me motivaron y me enseñaron. No fue fácil ser madre, empleada y estudiante universitaria, pues esto implica asumir el costo del agotamiento que en ocasiones me hizo flaquear, y en medio de ese trajín logré la meta de ser profesional, vi a mis hijas e hijo crecer.

Hoy, después de hacer conciencia de la realidad de migración propia y de las mujeres que me antecedieron, me remito a mi experiencia en proceso con mujeres migrantes y me nombro como una de ellas, ratificando lo que mencioné al principio y añadiendo otras conclusiones, como por ejemplo, que sus historias no difieren mucho de las nuestras, se abren camino con fuerza, decisión y tenacidad en el marco de un contexto donde persiste la desigualdad en el acceso a oportunidades laborales, la brecha salarial y las diferentes violencias que sufren las mujeres y que consiguen desdibujarse, invisibilizarse, naturalizarse e incluso justificarse.

Por otro lado, la juntanza de las mujeres como forma de alivianar la carga. El proyecto con mujeres migrantes en el cual tuve la oportunidad de participar en calidad de facilitadora abrió sus puertas a mujeres desde los quince años, la gran mayoría eran madres, abuelas, incluso bisabuelas, cargando a cuestras historias de empobrecimiento, acceso limitado a derechos fundamentales como salud o empleo en condiciones dignas, entre otras situaciones. Si bien el proyecto procuraba gestionar que las mujeres migrantes y sus familias fueran incluidas en la oferta institucional y acceso a derechos, el alcance tenía un límite, todas estas necesidades insatisfechas de las que hablaban las mujeres, en algunos momentos me hicieron dudar de la pertinencia del proyecto y pensar si esto realmente alivianaba su carga.

Las respuestas a este interrogante las hallé en las lágrimas de las mujeres que hablaron de cicatrices tras años de haber vivido violencias; que pronunciaron en voz alta el nombre del abusador, rompiendo el silencio; que rieron a carcajadas contando la historia de su primer amor, su primer beso, la travesura más arriesgada y loca, que hablaron sin tapujos, miedos o culpas de su cuerpo; que entonaron en coro letras alusivas a su paisaje y territorio; que me enseñaron nuevas recetas naturales para calmar el cólico menstrual, la migraña o el resfriado. Esa era una de las formas en las que el proyecto estaba contribuyendo a alivianar sus cargas, reunimos para hablar de derechos era una necesidad que nos permitió también definir y poner en práctica la empatía, la sororidad y la juntanza como forma de interacción entre las mujeres participantes.

No siempre se cuenta con una red de apoyo social o familiar y para una mujer que además es madre, migrar sin red de apoyo hace más compleja la existencia pues te enfrenta a la dualidad cuidar o comer, ambas necesarias para la preservación de la vida. El sistema no funciona sin alguien que cuide, en este caso a hijos e hijas y para

subsistir hay que comer, pero para comer hay que trabajar ¡vaya dilema! De esto ya han hablado los estamentos internacionales, el Estado, los catedráticos, la academia, los progresistas, entre otros. Por ello yo sin ser experta, simplemente diré que es necesario que el sistema materialice una gran red de apoyo que acoja a todas las mujeres propias y foráneas con sus hijos e hijas garantizando el cuidado, y que tengan posibilidad de generar recursos como forma de preservar la vida. Si bien es claro que existen organizaciones sociales que funcionan como tal, debería haber más voluntad política al respecto. Ya sé que esto es una utopía, por suerte no nos han negado el derecho a soñar.

El proyecto mediante el cual tuve la oportunidad de trabajar con mujeres migrantes ofertaba un universo de metodologías en aras de apuntar a la necesidad, dispositivos metodológicos muy elaborados, material impreso con imágenes de colores preciosos, ayudas audiovisuales, uso de tecnologías, entre otros. Fue el relato, el gran ganador, pues este permitió desnudar el alma, desbloquear recuerdos y reconocerse en la historia de la otra. Bien lo dijo Clarissa Pinkola: “Para curar utilizo el ingrediente más sencillo y accesible: los relatos”⁴

Aún me falta mucho por hacer y aprender, trato de ir por la vida con actitud de apertura a donde quiera que llegue, en disposición de recibir. He participado en organizaciones de mujeres y he sido facilitadora en procesos con mujeres migrantes, indígenas, rurales y urbanas y en cada grupo he tenido la oportunidad de sembrar semillas incidiendo para que las mujeres encuentren su autonomía. Al finalizar cada proceso he concluido que han sido ellas quienes han sembrado semilla en mí, haciendo aportes significativos a mi vida, he recibido de parte de estas mujeres insumo para seguir creciendo.

⁴ *Mujeres que corren con los lobos*, 1992. Clarissa Pinkola Estés.

Mi red de apoyo tiene nombre de regalo de la mañana, es morena, de caderas anchas y cabello rizado, es fuerte, afectuosa y cuidadora, la vi llorar, la vi reír, la vi estudiar, ella me enseñó que nunca es tarde para aprender. Hoy a sus sesenta y nueve años está aprendiendo a tocar guitarra; mi red de apoyo se llama Rocío como el regalo de la mañana, mi red de apoyo es mi mamá. Gracias, mamá estas últimas líneas las dedico a la mujer que cuidó de mí y de los míos para que yo pudiese estudiar.

DESARRAIGO, IDENTIDAD Y PALABRA SE TEJEN EN EL CAMINO

Yolima Astrid Álvarez

En la escuela confluyen mil historias y se tejen unas con otras dando vida a un collage maravilloso que hace único cada territorio. En mi institución he aprendido de interculturalidad y luchas por encontrar un lugar seguro, tanto para niños y niñas como para sus familias. Aquí haremos un recorrido por fragmentos de vidas que se develan en el día a día, nos acercaremos a tres historias de niñas migrantes que desde sus sentires nos muestran que el camino en la escuela no es fácil, pero es posible caminarlo si nos apropiamos de lo que somos y tenemos una mano que nos acompañe y guíe.

No se siente parte de este lugar

Llegar en la mañana a la escuela y encontrar una carita pálida y con ojos aguados, lleva a la pregunta ¿te pasa algo? A lo que la pequeña contesta: “no quiero estar aquí, quiero estar en casa”. Normalmente pensaría en su casa en Robledo, pero luego prosigue diciendo: “en mi país, yo era feliz con mi abuela, ella me cuidaba y me daba mucho amor”. Esto me hace un nudo en la garganta, ¿cómo darle tranquilidad?, ¿cómo hablarle de los beneficios que tiene estar aquí? Solo queda escucharla y estar ahí para ella. Luego llora aún más fuerte, diciendo: “si mi papá estuviera vivo, podríamos volver, pero él decidió irse y ahora mi mamá vive con un señor que no es nada mío”.

Me quedo pensando en todo lo que esa pequeña ha tenido que vivir, ese desarraigo, la pérdida de su padre, los cambios en su familia. El ser humano tiende a adaptarse constantemente, a veces de manera abrupta y otras por decisión; a nosotros como escuela nos queda la pregunta ¿cómo le ayudamos en todo este proceso? Seguro habrá muchas respuestas, pero todas confluirán al **estar**.

Orgullosa de ser quien es

Pasados unos días voy a acompañar a los chicos de aceleración, un grupo complejo en su misma constitución; allí se matriculan quienes por alguna razón no han podido seguir el proceso educativo regular y quieren homologarse con los de su edad. Ahí veo a una niña que identifico como venezolana por su acento, tiene una mirada brillante y participa de manera activa; al salir para el restaurante, coincidimos en una conversación ingenua y transparente, ella me dice que su nombre es una combinación de los nombres de sus abuelas y aunque se siente orgullosa de ese homenaje, esto le ha traído molestias desde sus compañeros, quienes le ponen apodosos o les asocian su nombre a objetos haciendo burla de este.

En aquel momento del diálogo, ella de manera espontánea hace un gesto que alcanzo a leer puede estar relacionado a acciones de empoderamiento. Me dice: “no importa, porque yo no le doy importancia a eso”. ¿Sabes qué me ha parecido difícil? - añade la estudiante- Acostumbrarme a venir a estudiar todos los días y tantas cosas que enseñan aquí; en mi país íbamos solo algunas veces y otras estábamos virtual, creo que aquí enseñan mucho, pero yo ya me estoy acostumbrando, porque soy muy inteligente.

Como maestra, este contraste de situaciones me alegra, siento que nuestra segunda estudiante valora las posibilidades encontradas y ha tenido un acompañamiento que la fortalece y le permite ser

ella, sentirse orgullosa de sus raíces y sus capacidades. De seguro, alcanzará sus sueños y será una luz que brille para ella y los demás.

El poder de la palabra

Luego recuerdo a una tercera estudiante de cuarto grado, de piel negra y cabello rizado, con una cara tan hermosa que a mis ojos parece como una muñeca. Ella cautivaba con su singular discurso, parecía un alma vieja, pues encontraba historias para relacionar lo que se estaba trabajando, pero eso sí, no podían pedirle que escribiera o leyera, porque parecía que se apagaba su fuego vivaz.

Su madre en alguna ocasión nos contó que adaptarse a este país y su sistema educativo fue lo peor, porque le exigían demasiado y esto hizo que la niña tuviera miedo a enfrentarse a los textos, en parte la mamá se culpaba, pues decía: “no tuvimos tiempo de prestarle atención, había que sobrevivir, encontrar dónde ir y la vida nos llevó a una casa donde han llegado por lo menos cinco familias venezolanas; no sabe profe el caos que es eso, pero no hay más”.

En mi labor docente esos acontecimientos son parte de nuestra realidad, siempre he pensado que acompañar vidas es la mayor tarea que tenemos todos los seres y en el camino hay que encontrar las herramientas que nos posibiliten dar elementos, y al igual que Carina Kaplan considero que “una mirada amorosa” donde se teja desde la ternura, el vínculo sanador y reparador desde la escuela, puede cambiar vidas.

Para cerrar esta ojeada a los caminos de tres seres maravillosos, quisiera traer una frase Eduardo Galeano que acompaña mi existencia: “mucha gente pequeña, en lugares pequeños, haciendo cosas pequeñas, puede cambiar el mundo”. Que sea la invitación para que en nuestras escuelas hagamos la diferencia en esos pequeños momentos cotidianos que permiten el avance de nuestros

niños, niñas y jóvenes. Como un gesto solidario, la escucha activa puede permitir que se sientan parte de ese territorio; una mirada que reconozca sus capacidades puede fortalecer su personalidad y potenciarles; una palabra que los acompañe a seguir su camino sabiendo que, aunque habrá obstáculos, pueden llegar a donde quieran sintiéndose seguros y amados.

GUIA PARA LA ESCRITURA DE TESTIMONIOS

Esta versión del libro *Voces y Silencios* contiene una guía que servirá de apoyo para las mujeres que se animen a escribir su testimonio de vida.

Las mujeres no escribimos para otras/os sino para nosotras mismas, como dice Rosa Montero "no se escribe para enseñar nada, se escribe para aprender... para poner un poco de luz en tus sombras".¹

La escritura personal siempre será una oportunidad para encontrarnos, para reconocernos, para transformar las vivencias y resignificar la vida.

Esta es solo una guía, tu puedes seguir tu propio camino, atender a tu latido interior, no tienes que seguir en orden estricto la ruta, no son preguntas, solo temas inspiradores, deja que la memoria, las emociones y tu forma de narrar te lleven por el sendero de tu propio testimonio e historia.

¹MONTERO, Rosa. *Escribe con Rosa Montero*. Barcelona, 2017.

Hay algunas pistas que escritoras como Rosa Montero nos comparten, aquí tienes algunas de estas ideas y otras:

"Lo mejor siempre es lo más simple."²

Cuando te atasques simplifica", escribe lo que te nace, no esperes a escribir grandes textos, después podrás volver sobre el texto.

"No cuentes, narra... no te limites a relatar hechos y dar datos"³

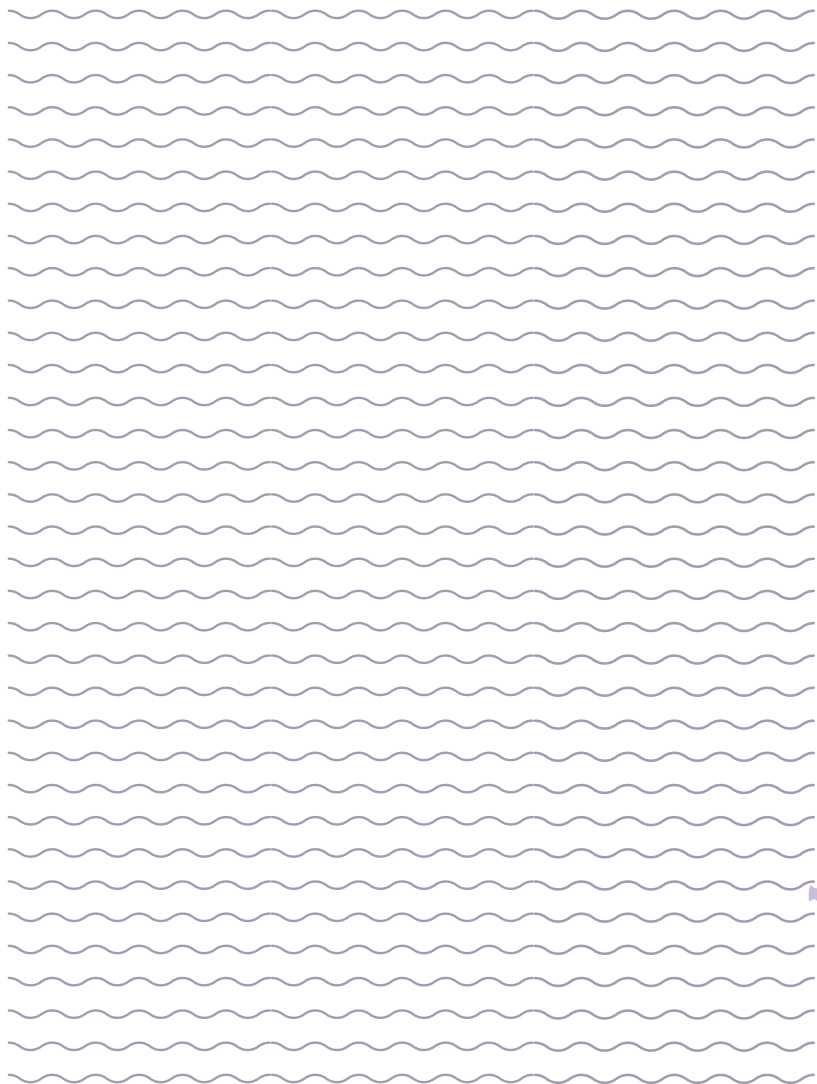
Si necesitas detenerte porque afloran las lágrimas déjalas fluir, cierra este libro y vuelve a abrir cuando te sientas lista.

La vida no es una línea recta que se narra en una dirección, puedes empezar tu testimonio historia por donde quieras, avanzar y retroceder cuando sea necesario.

Puedes empezar dejándote inspirar de temas como los siguientes:

*Personas significativas: ¿cómo está conformada tu familia? ¿Cómo eran tus relaciones con ellos y ellas? ¿Tienes recuerdos especiales?

* ¿Cómo te sentiste?. Sigue escribiendo tu testimonio...

A large rectangular area with a white background and a dark border, containing horizontal wavy lines for writing.

Blank lined writing area with horizontal wavy lines.



cooperación
alemana

DEUTSCHE ZUSAMMENARBEIT



TERRE DES HOMMES
infancias fuertes – mundo justo